



**LECTURA Y CUIDADO:
UNA ARTICULACIÓN
ENTRE BIBLORED
Y EL SIDICU**

Laura Andrea Castro López

Castro López, Laura Andrea, autora

Lectura y cuidado : una articulación entre BiblioRed y el Sidicu / Laura Andrea Castro López ; presentación, Alisson Quiroga Venegas. -- Primera edición. -- Bogotá : Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte, 2024.

116 páginas. -- (Cuadernos en la escuela. Reflexiones)

Incluye datos curriculares del autor -- Incluye referencias bibliográficas.

ISBN 978-958-5125-95-7 (impreso) -- 978-958-5125-96-4 (digital)

1. Biblored Red Capital de Bibliotecas Públicas (Bogotá) - Fines y objetivos
2. Promoción de la lectura - Bogotá 3. Bibliotecas - Servicio de extensión - Bogotá
4. Escritura creativa - Enseñanza I. Quiroga Venegas, Alisson, autor de contenido textual suplementario

CDD: 372.420986148 ed. 23

CO-BoBN- 00112

LECTURA Y CUIDADO: UNA ARTICULACIÓN ENTRE BIBLORED Y EL SIDICU

Cuadernos de la Escuela. Serie Reflexiones

- © Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte, 2024
- © Laura Andrea Castro López, por el texto
- © Alisson Quiroga Venegas, por la presentación

Primera edición
Bogotá, octubre de 2024

Alcaldía Mayor de Bogotá
Carlos Fernando Galán
Alcalde Mayor

Santiago Trujillo Escobar
Secretario Distrital de Cultura, Recreación y Deporte

Andrea Victorino Ramírez
Directora de Lectura y Bibliotecas

Línea de Proyectos Editoriales
Ana María Cortés Solano
María Lucía Ovalle Pérez
Santiago Villalba Hernández

Diseño y diagramación
Camila Cardeñosa Echeverri

Corrección de estilo
Jesús Goyeneche Wilches

ISBN: 978-958-5125-95-7

Impreso por:
Multi Impresos S.A.S.

Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de sus autores y no representan necesariamente la posición oficial de BiblioRed y la Dirección de Lectura y Bibliotecas.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



**LECTURA Y CUIDADO:
UNA ARTICULACIÓN
ENTRE BIBLORED
Y EL SIDICU**

Laura Andrea Castro López

CUADERNOS DE LA ESCUELA

Escuelas LEO es la línea de formación e investigación de BiblioRed. Su apuesta consiste en consolidar a las bibliotecas públicas de Bogotá como escenarios abiertos, plurales y acogedores donde es posible aprender y producir conocimientos desde la diversidad a lo largo y ancho de la vida.

Este equipo pone en el centro de su trabajo a personas y grupos poblacionales que, por factores históricos, sociales, económicos y culturales, han presentado brechas para su acceso a la cultura escrita y oral. Por ello, en su amplia oferta formativa y de investigación, Escuelas LEO emplea abordajes innovadores con una mirada interseccional por medio de enfoques etarios, poblacionales y territoriales como infancia, étnico, género, diversidad sexual, discapacidad y ruralidad.

Estos enfoques proponen un diálogo horizontal entre saberes y conocimientos para propiciar, desde las prácticas de lectura, escritura y oralidad, la transformación social de las comunidades y sus territorios.

En este sentido, Cuadernos de la Escuela comprende las siguientes series:

Serie Instrumentos: manuales y cartillas con herramientas prácticas y aplicables a la mediación de lectura en distintas poblaciones de lectores: primera infancia, ruralidad, procesos

en la escuela, entre otros. Está dirigida a mediadores (dentro y fuera de la biblioteca pública), maestros, padres y cuidadores que tengan a su cargo procesos de enseñanza, comprensión y mediación lectora.

Serie Reflexiones: textos que plantean reflexiones hechas por expertos en distintos escenarios de formación sobre temas relacionados con la lectura y los lectores. Estos materiales propician la reflexión y el análisis de la lectura dentro de escenarios públicos, educativos y privados. La serie está pensada para mediadores, maestros y especialistas del mundo con interés en la cultura escrita.

Serie Observaciones: textos que presentan los resultados del Observatorio de Prácticas de Lectura, Escritura y Oralidad. Pueden ser resultados cuantitativos y cualitativos de los distintos escenarios de mediación. Esta serie tiene como objetivo llegar a educadores, productores de política pública, funcionarios, editores y libreros.

Serie Lectores: historias, biografías históricas o relatos de experiencias lectoras en la ciudad de Bogotá. Dirigida a profesores, historiadores, investigadores y ciudadanos que estén interesados en conocer, desde una perspectiva histórica, la dinámica y los cambios de la experiencia lectora en la ciudad.

9/ Presentación

15/ Agradecimientos

17/ ¿Una ciudad que lee
es una ciudad que cuida?

23/ Las Salas de Lectura
como espacios de
observación

27/ La articulación entre
BibloRed y el Sidicu

41/ Lectura y cuidado: una
relación en construcción

47/ Las Salas de Lectura
como espacios para la
creación

81/ Monstruos en el
encuentro con las
prácticas de lectura
y escritura

95/ ¿Quiénes somos
cuando estamos
solas?

103/ La lectura y la
escritura como
faros de empatía

109/ Referencias

PRESENTACIÓN

Es necesario que la mujer se escriba porque es la invención de una escritura nueva, insurrecta lo que le permitirá llevar a cabo las rupturas y las transformaciones indispensables en su historia.

La risa de la Medusa,
Hélène Cixous

A las mujeres nos han arrebatado la palabra. Como Cixous reclama, nos ha tocado escribir y narrarnos desde la censura, atravesadas por un lenguaje en código masculino que coarta la exploración de nuestra intimidad. Hay algo en la oralidad femenina cundido de carne y cuerpo, aquella experiencia en un cuerpo sexuado que se desborda por la boca, los cachetes colorados y la vergüenza, que solo logra ser común cuando se habla con la otra. Sin embargo, estos espacios compartidos los han tildado muchas veces de banales o superfluos y, déjenme decirles, nada más lejos de la realidad.

Como mediadora de una Sala de Lectura, me encanta cuando las mujeres dicen que vienen al espacio a echar chisme. No hay nada más político que el chisme, pues allí nuestra historia vital se entreteje con otras y en el reflejo de muchas problemáticas estructurales se descubren con la posibilidad de **nombrar**. No poseer/tener el lenguaje preciso implica un retraso importante en identificar, por

ejemplo, violencias estructurales; por ello, juntarnos a hablar es crucial para preservar y defender nuestras vidas.

Un mes después de haber llegado a mediar en la Sala de Lectura de la Manzana de Cuidado del Centro de Bogotá, se celebraba el Día de las Madres. Estábamos en un taller de lectura con cuidadoras, sobre la romantización de la maternidad. Era la primera vez que una de ellas escuchaba el término *depresión posparto*, entonces comprendió por qué su esposo no debió haberle recriminado lo sola y desamparada que se sentía cuando recién nació su hijo. Más mujeres entendían, después de muchos años, qué era eso de la violencia obstétrica o por qué una vida digna no implicaba una maternidad sacrificada sino una maternidad deseada y acompañada.

Así, la palabra es nuestra primera trinchera a sostener. Espacios como las Salas de Lectura y los ciclos de lectura en las Manzanas de Cuidado, que han articulado en un trabajo mancomunado del Sistema Distrital de Cuidado (Sidicu) y BiblioRed, le otorgan a las mujeres y a las personas cuidadoras la posibilidad de reclamar ese derecho en un espacio seguro. Su existencia es una pregunta constante sobre la división sexual del trabajo de cuidado y los roles de género, y una oportunidad para quebrar el silencio y así politizar la experiencia individual al hermanarnos en la escucha.

En *Lectura y cuidado*, Laura Castro se pregunta si en verdad una ciudad que lee es una ciudad que cuida, a partir de la observación consciente de los talleres de mediación de lectura, escritura y oralidad que impartimos en las

extensiones¹ y los espacios alternativos de lectura². En esta investigación, el rol de los mediadores se visibiliza al ser puentes que abren el diálogo a temas tabúes o polémicos en pro de la transformación de creencias respecto al género, procurando un espacio confiable, curioso, lleno de lenguajes artísticos diversos y, sobre todo, dispuesto a escuchar. Laura hace hincapié en el impacto que tiene en la vida de las mujeres el acceder a la cultura escrita de forma colectiva, pues leer en comunidad resignifica este acto que ha sido enmarcado en la erudición y la academia. La lectura colectiva acuerpa las ideas, crea tejidos sociales y rompe burbujas de realidad al contener diferentes experiencias vitales.

Además, al ser parte de la implementación de la política pública LEO, logra una labor fundamental desde su primer objetivo respecto a la investigación sobre los procesos de mediación: sistematizar lo que sucede en los ciclos de lectura en las Manzanas de Cuidado. Una labor que, como mediadora, se me ha escapado en el trajín de las planeaciones y a la cual deberíamos ponerle más atención, pues

1 La extensión es una estrategia bibliotecaria que busca acercar la cultura a comunidades que por diferentes razones y contextos no les es posible acceder fácilmente a ella.

2 Los espacios alternativos de lectura son bibliotecas no convencionales ubicadas en lugares estratégicos como parques, portales y estaciones de TransMilenio, Manzanas del Cuidado y Casas LGBTI, para promover la lectura en espacios cotidianos y promover el acceso a la cultura. Estos espacios alternativos son Paraderos Paralibros Paraparcos (PPP), Salas de Lectura, bibloestaciones y estrategias móviles e itinerantes.

únicamente de esta forma lograremos reconocer cómo vamos en el proceso de transformación cultural, considerar cuáles temas duelen más que otros, qué lecturas son más apropiadas para una u otra población y cómo extendemos el mensaje para ampliar el tejido.

Lectura y cuidado abre la conversación en torno al **cuidado** para que se diversifique su eco y llegue a la ciudadanía en general. Este no es un asunto exclusivo de las mujeres y de las personas cuidadoras, es un tema que implica también la participación ciudadana. Por ello, todes debemos cuestionar quiénes cuidan, qué cuidan y cómo podemos redistribuir las cargas, pues no es gratuito que desde los feminismos se enuncie que el cuidado mantiene al capital al sostenernos la vida. Desde los espacios alternativos de lectura hemos pensado cómo ampliar ese eco, muestra de ello son las planeaciones sobre el cuidado y los roles de género pensadas para público infantil o juvenil y las charlas intergeneracionales que procuran espacios de diálogo entre jóvenes adultos y adultos mayores.

Como mediadora y mujer joven, la juntanza con mujeres mayores viene siendo alimento constante que compartimos al encontrarnos en los relatos de la otra y poder reflexionar sobre lo heredado. Por ello, valoramos constantemente el tejido intergeneracional en el que, como Laura Castro dice, las jóvenes reconocemos nuestros privilegios y también el trabajo que queda por delante. Abrazamos ahora el trabajo de preservar la vida y entendemos que no hay otro camino para crear comunidad. El reto es construir cooperativamente

una «ética del cuidado» y así anteponerse al sistema capitalista y patriarcal como objetivo común, pues el cuidado «es un antídoto para la violencia: es difícil destruir lo que uno mismo ha cuidado», como lo enuncia Nuria Varela.

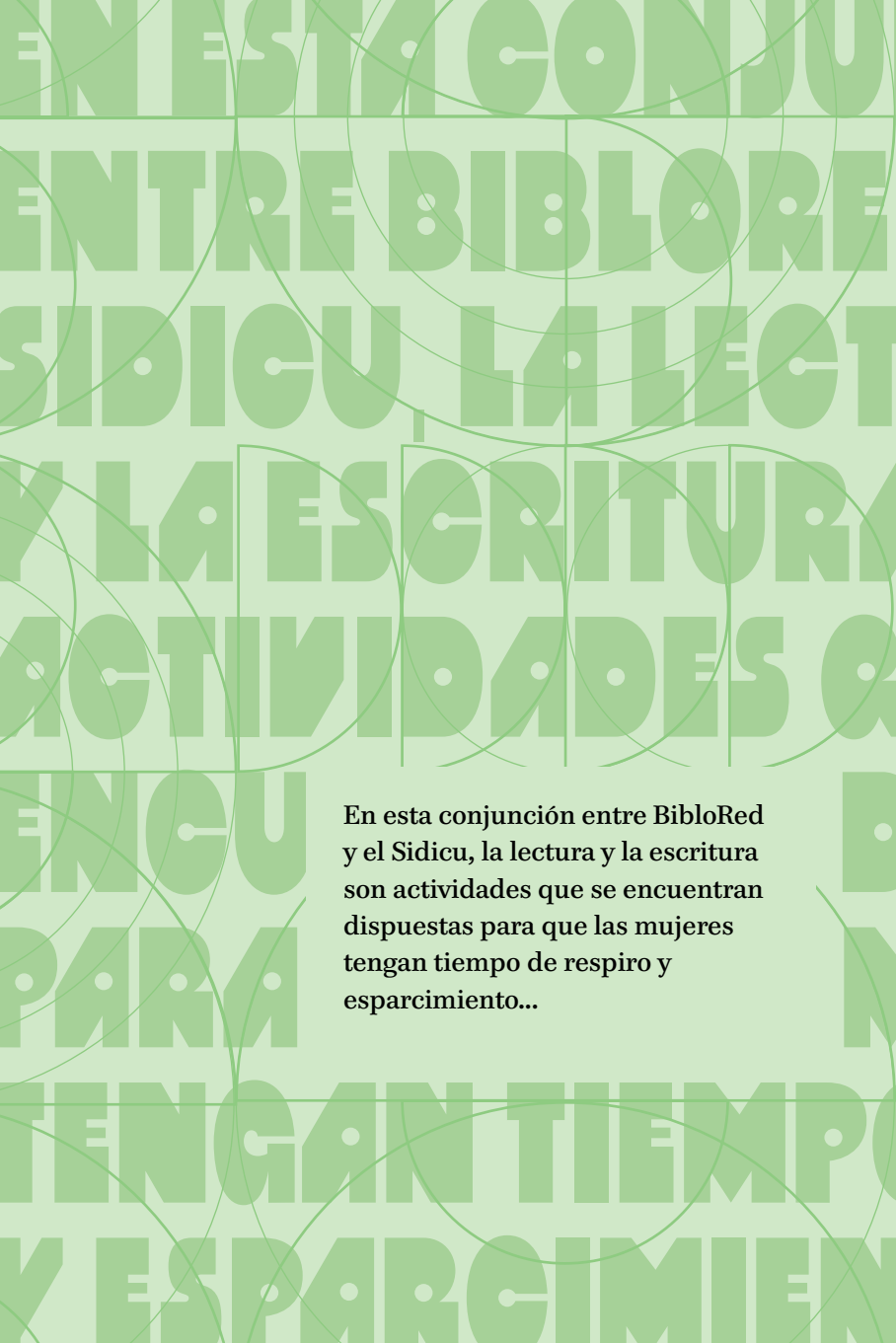
Alisson Quiroga Venegas

Mediadora de lectura en la

Manzana del Cuidado del Centro de Bogotá

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación no hubiera sido posible sin la calidez y la apertura de todas las mujeres que asistieron a las Salas de Lectura de las Manzanas del Cuidado del Centro y de Mochuelos en Bogotá. Gracias también a todas las mediadoras y los mediadores territoriales que compartieron conmigo sus reflexiones y sentires frente a su trabajo. Para mí, la lectura siempre fue un ejercicio solitario; después de esta experiencia, estoy convencida de que no hay mejor forma de leer que en compañía y en colectivo.



En esta conjunción entre BiblioRed y el Sidicu, la lectura y la escritura son actividades que se encuentran dispuestas para que las mujeres tengan tiempo de respiro y esparcimiento...

¿UNA CIUDAD QUE LEE ES UNA CIUDAD QUE CUIDA?

Durante mucho tiempo, las prácticas de lectura y escritura estuvieron limitadas a grupos y sectores sociales que ostentaban el poder y la autoridad en las sociedades. Leer y escribir eran un privilegio de muy pocos. Aunque hoy persisten retos para el acceso efectivo e integral de la ciudadanía a estas prácticas, se han construido acuerdos sociales y normativos que conciben la lectura y la escritura como dispositivos de participación esenciales para el goce de los derechos culturales y educativos en Bogotá y en el mundo. Reconocer que el acceso a estas prácticas ha estado marcado por brechas de inequidad implica reflexionar sobre las transformaciones sociales que distintos grupos poblacionales han tenido que encarar para hacer de ellas herramientas de su vida cotidiana.

La vinculación de la lectura, la escritura y la oralidad en los planes y las políticas de Bogotá ha abierto caminos para la construcción de alianzas intersectoriales que logren posicionar el acceso a estas prácticas como un asunto de ciudad. La articulación entre el Sistema Distrital de Cuidado (Sidicu) y la Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá (BibloRed) es un ejemplo paradigmático de esta

sinergia. La presencia de las Salas de Lectura y los servicios de extensión bibliotecaria de la Red en las Manzanas del Cuidado¹ presentan un escenario privilegiado para entender y profundizar sobre cómo el diálogo interinstitucional logra cambios y transformaciones sociales en Bogotá.

En esta conjunción entre BiblioRed y el Sidicu, la lectura y la escritura son actividades que se encuentran dispuestas para que las mujeres tengan tiempo de respiro y esparcimiento cuando se encuentran al interior de los espacios adscritos al Sidicu. Este Sistema se desarrolló bajo una premisa central: es necesario reconocer, redistribuir y reducir los tiempos de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado de las personas cuidadoras en Bogotá. En este marco de acción, el Sidicu vincula distintas entidades y procesos dentro de sus Manzanas del Cuidado, las cuales se establecen como perímetros zonales donde se concentran servicios de cuidado nuevos y existentes. Estas articulan diferentes servicios y edificaciones distritales que se reestructuraron y rediseñaron para poner en marcha todo el andamiaje institucional del Sistema. En suma, son su principal estrategia territorial.

BiblioRed se articula con el Sidicu específicamente en torno al grupo de actividades relacionadas con el cambio cultural y las estrategias pedagógicas. En particular, ofrece ciclos

.....
1 «Las Manzanas del Cuidado son zonas de la ciudad en donde se concentran infraestructura y servicios para atender de manera próxima y simultánea a las cuidadoras y sus familias» (*Manzanas del Cuidado*. (s.f.) <https://manzanasdelcuidado.gov.co/que-son/>).

de lectura que cuestionan los roles de género asociados a los trabajos de cuidado, así como espacios de lectura de textos escritos por mujeres. Desde el punto de vista de BiblioRed, la lectura puede ser una herramienta para generar reflexiones alrededor de los roles tradicionales de género y, específicamente, a la redistribución de las responsabilidades frente al trabajo de cuidado. Por ejemplo, la lectura de textos escritos por mujeres en los que se evidencie el derecho al disfrute del espacio público y el ocio pueden evidenciar formas distintas de estar y actuar en el mundo que cuestionan la idea de que el trabajo de cuidado es una responsabilidad exclusiva de las mujeres o, incluso, su razón de ser en el mundo.

Desde hace algún tiempo, la frase «una ciudad que lee es una ciudad que cuida» ronda los espacios y circuitos dedicados a la cultura escrita en Bogotá. Y es allí donde enmarco esta investigación, pero, interrogando esa afirmación, ¿de qué manera una ciudad que lee es una ciudad que cuida?, ¿qué relaciones existen entre la lectura y el cuidado?, ¿qué significa el cuidado para quienes hacen parte de estos ciclos de lectura? A partir de estas preguntas, pretendo comprender y describir el proceso por medio del cual las personas cuidadoras —en su mayoría mujeres— se vinculan con la cultura escrita desde la perspectiva del cuidado. Específicamente busco: i) caracterizar las prácticas de lectura y escritura de las mujeres cuidadoras que asisten a los ciclos de lectura; ii) identificar las barreras y oportunidades en el acercamiento a la cultura escrita por parte de las mujeres que asisten a los ciclos de lectura, y,

por último, iii) explorar las transformaciones y cambios en las percepciones sobre la lectura en el proceso de vinculación a los ciclos de lectura.

Esta investigación hace parte de la implementación de la Política Pública de Lectura, Escritura y Oralidad – La LEO (2023-2040), que tiene como objetivo garantizar a la ciudadanía las oportunidades de acceso para que puedan participar de manera efectiva de los circuitos y las prácticas de la cultura escrita en Bogotá. La LEO es una política intersectorial que compromete a varias entidades de la administración distrital, con el objetivo de posicionar a la cultura escrita como un derecho para todas y todos sin importar su clase socioeconómica, pertenencia étnica, identidad de género u orientación sexual. Una de sus apuestas centrales es la consolidación de procesos de investigación y gestión del conocimiento sobre la cultura escrita para generar información confiable, constante y veraz sobre las prácticas de lectura, escritura y oralidad de la ciudadanía bogotana. La idea, entonces, es conectar, aprovechar y visibilizar el conocimiento que se produce tanto en los procesos comunitarios como institucionales dentro de la Red y junto con sus aliados en la ciudad.

En el presente documento estructuro los hallazgos alrededor de los tres objetivos específicos de la investigación. Además, presento apartados sobre la metodología (observación participante en las salas del cuidado) y el contexto (la articulación entre BibloRed y el Sidicu). Este último presenta una descripción del funcionamiento y la puesta

en marcha del Sistema. Esta información es necesaria para otorgar un marco amplio de entendimiento no solo frente a los procesos de mediación dentro las Salas de Lectura, sino en general del objetivo de transformación que acompaña numerosos esfuerzos desde distintas orillas y entidades para construir una ciudad más cuidadora.

Mediante las entrevistas pude identificar y rastrear que las usuarias tenían emociones y sensaciones relacionadas con el uso del tiempo, con el cuidado, sus posiciones como madres o cuidadoras...

LAS SALAS DE LECTURA COMO ESPACIOS DE OBSERVACIÓN

La observación participante y las entrevistas fueron los principales métodos de recolección de información utilizados a lo largo del trabajo de campo que desarrollé desde mayo hasta noviembre de 2023. Desde su planteamiento inicial, enmarqué el objetivo general y los objetivos específicos en el ámbito de la investigación cualitativa. Lo más importante de una aproximación cualitativa es la comprensión interpretativa de la experiencia humana, es decir, que debe prestarse una especial atención a lo que dicen y hacen las personas en su entorno natural. En general, la observación participante se caracteriza por una mentalidad abierta, una postura flexible frente a las dinámicas y acciones presenciadas, una inmersión en campo significativa y una toma de notas rigurosa y sistemática. Este método de recolección permite revisar expresiones no verbales de sentimientos, determinar quién interactúa con quién, entender cómo los participantes se comunican entre sí, qué temas se comunican espontáneamente, qué tipo de expresiones son más comunes, qué relaciones de fuerza o de poder existen dentro del grupo, entre otras cosas.

Hay objetivos que se comparten tanto en la observación como en la entrevista: alcanzar información detallada, entrar

en el universo discursivo y práctico de las personas que participan, comprender más que «obtener» información y sensibilizar sobre lo que es importante para quien narra. Mediante las entrevistas pude identificar y rastrear que las usuarias tenían emociones y sensaciones relacionadas con el uso del tiempo, con el cuidado, sus posiciones como madres o cuidadoras, entre otras. Las conversaciones y los encuentros informales también fueron parte esencial del trabajo de campo, ya que me permitieron un acercamiento distinto a sus experiencias y afectos con respecto a las prácticas de lectura y escritura. La participación en todas las actividades realizadas los miércoles en la mañana en la Sala de Lectura del Centro también me permitió un acercamiento *in situ* a los ejercicios de mediación y conversación con las usuarias.

Realicé la observación participante en la Sala de Lectura de la Manzana del Cuidado del Centro, donde entrevisté usuarias de los ciclos de lectura. Fueron cuatro entrevistas semiestructuradas y un desarrollo de notas de campo derivado de la participación en las actividades dentro de los ciclos de lectura de la Sala. Los testimonios y las reflexiones que verán más adelante son insumos directos de estas entrevistas. Ahora bien, las reflexiones aquí señaladas se nutrieron de diferentes procesos institucionales y no institucionales enmarcados en la articulación entre el Sidicu y BiblioRed. Más allá de las entrevistas y la observación en la Sala de Lectura del Centro, participé en encuentros dentro de otras Manzanas del Cuidado, entre esas la Sala de Lectura de Mochuelos, en la Manzana del Cuidado de

Ciudad Bolívar. Adicionalmente, el proyecto de interés que realicé con los mediadores territoriales de la Línea de Comunidad y Territorio² de BibloRed que desempeñan labores de extensión en las Manzanas del Cuidado, también aportó a los objetivos de esta investigación.

- •
- 2 Las y los mediadores territoriales se encuentran en los Paraderos Parali-bros Paraparques (PPP) y otros espacios alternativos de lectura de Biblo-Red, promocionando y mediando las actividades, proyectos y espacios para el acercamiento de las prácticas de lectura y escritura con la ciudadanía. Comunidad y Territorio es la línea misional de la Dirección de Lectura y Bi-bliotecas encargada de la extensión bibliotecaria y de liderar y proponer labores de mediación fuera de los espacios bibliotecarios formales.

...la lectura puede ser una herramienta que genere reflexiones en torno a los roles tradicionales de género y, específicamente, a la redistribución de las responsabilidades frente al trabajo de cuidado.

LA ARTICULACIÓN ENTRE BIBLORED Y EL SIDICU

¿Qué es el Sistema Distrital de Cuidado?

El Sistema Distrital de Cuidado es un

conjunto de servicios, regulaciones, políticas y acciones técnicas e institucionales para reconocer, redistribuir y reducir el trabajo de cuidado, entendiéndolo como una función social necesaria para la vida diaria de las personas y el funcionamiento de la sociedad y enmarcado en los estándares existentes de derechos humanos en materia de cuidado. (Concejo de Bogotá, 2020, p.53)

Esta definición se encuentra en el Acuerdo n.º 761 de 2020, por medio del cual se adopta el Plan de Desarrollo Económico, Social, Ambiental y de Obras Públicas 2020-2024, Un Nuevo Contrato Social y Ambiental para la Bogotá del Siglo XXI. El desarrollo y la ejecución del Sidicu dentro del Plan de Desarrollo se encuentra enmarcado en el propósito de incrementar la inclusión social, productiva y política de Bogotá. El modelo de corresponsabilidad que propone el Sistema involucra al sector privado, a las entidades nacionales, a los actores comunitarios, a las entidades

distritales y a los hogares en la prestación de servicios de cuidado nuevos y existentes dentro de las denominadas Manzanas del Cuidado. En su conformación se tiene en cuenta un criterio de proximidad dentro del lugar donde operan para que las personas, idealmente, no tarden más de 20 minutos en llegar caminando.

El Sidicu tiene tres objetivos principales: 1) reconocer el trabajo de cuidado y a quienes lo realizan; 2) redistribuir el trabajo de cuidado entre hombres y mujeres, y 3) reducir el tiempo de trabajo no remunerado de las personas cuidadoras (lo que se ha denominado dentro de las políticas de cuidado como las 3R). Teniendo en cuenta este marco de acción, las disposiciones del Plan Distrital de Desarrollo estipulan las siguientes estrategias: a) fortalecer y ampliar la oferta de servicios de cuidado para la atención a la población con mayores niveles de dependencia funcional, incluidos los de la atención para la primera infancia, para la población con discapacidad, para la vejez y los relacionados con apoyos alimentarios; b) desarrollar una estrategia que valore y resignifique el trabajo de cuidado, implementando procesos de empoderamiento para cuidadoras y cuidadores, a través de servicios de reposo y recreación y espacios de formación y homologación, incluyendo a las adultas mayores que ejercen el rol de cuidadoras, lideresas comunitarias, cuidadoras de animales domésticos, mujeres rurales, indígenas, campesinas, negras, afrocolombianas, raizales, palenqueras y rrom, y, por último, c) implementar una estrategia de cambio cultural y pedagógica en el Distrito, frente a la corresponsabilidad

en la realización del trabajo de cuidado en los hogares y comunidades, con el fin de redistribuir este trabajo entre hombres y mujeres, propendiendo por el desarrollo de nuevas masculinidades (Concejo de Bogotá, 2020, p.54). La Comisión Intersectorial del Sistema es liderada por la Secretaría Distrital de la Mujer como ente articulador y, además, se encuentra conformada por distintas secretarías de Bogotá, incluidas la de Planeación, Educación, Salud, Cultura, Integración Social, Hábitat, Gobierno, entre otras.

El Sidicu reconoce el cuidado directo e indirecto como sus dos focos de intervención. A modo de contexto, es necesario señalar la sanción de la Ley 1413 de 2010 como el antecedente más importante en relación con el reconocimiento del trabajo de cuidado no remunerado en el país. Esta ley tiene por objeto incluir la economía del cuidado conformada por el trabajo de hogar no remunerado en el Sistema de Cuentas Nacionales, con la intención de medir la contribución de la mujer al desarrollo económico y social del país y como herramienta fundamental para la definición e implementación de políticas públicas, que incluía dentro de sus disposiciones el diseño e implementación de una Encuesta Nacional de Uso del Tiempo, una de las propuestas claves.

La economía del cuidado es definida por el DANE (2022a) como el

conjunto de relaciones sociales de producción, distribución, intercambio y consumo de servicios de cuidado, que pueden ser de tipo mercantil o no mercantil y están mediadas por elementos históricos, culturales,

ideológicos e institucionales. Comprende la producción, distribución, intercambio y consumo de los servicios de cuidado, y su inserción en el Sistema de Cuentas Nacionales busca visibilizar la relación entre el trabajo remunerado y el no remunerado, a partir del estudio de la distribución de tiempo en cada uno.

Las labores relacionadas con el cuidado directo e indirecto constituyen lo que en Colombia se ha definido como el «Trabajo doméstico y de cuidado no remunerado» (TDCnR). De acuerdo con la cuenta satélite de Economía del Cuidado, estos trabajos se componen por seis funcionalidades: el suministro de alimentos, el mantenimiento de vestuario, la limpieza y mantenimiento del hogar, el cuidado y apoyo a personas, las compras y administración del hogar y los voluntariados. El cuidado indirecto hace referencia al mantenimiento habitacional de los hogares, mientras que el cuidado directo hace referencia al grupo de tareas que requieren de la interacción directa entre la persona que brinda el cuidado y quien lo demanda. Las poblaciones que más requieren cuidado son los niños y las niñas, las personas mayores, las personas con discapacidad o aquellas que están enfermas (Secretaría Distrital de la Mujer, 2020, p. 8).

¿Cómo se conecta la lectura con la transformación social dentro del Sidicu?

La estrategia pedagógica «A cuidar se aprende» se fundamenta en una teoría del cambio cultural. A partir de una investigación cualitativa y cuantitativa y un desarrollo

conceptual de categorías como estereotipos, normas sociales, expectativas, disposiciones y creencias personales, la Secretaría Distrital de la Mujer, en conjunto con toda la red distrital de secretarías, se propone incidir de manera directa en dos percepciones que se identificaron como centrales en las reflexiones del cuidado dentro de Bogotá tomando como línea base la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT). Primero, reducir en cinco puntos porcentuales la percepción de las mujeres que consideran que las mujeres son mejores para el trabajo doméstico que los hombres y, segundo, disminuir en cinco puntos porcentuales la percepción de los hombres que consideran que las mujeres son mejores para el trabajo doméstico que los hombres a partir de esta misma encuesta (Secretaría Distrital de la Mujer, 2020). La implementación de esta estrategia, así como los demás programas dentro del Sidicu, depende del compromiso mancomunado de una diversidad de actores que se comprometen con acciones particulares en las zonas territoriales a las que pueden aportar dentro de las Manzanas del Cuidado.

Una teoría de cambio cultural como la que plantea el Sidicu requiere un análisis y una interpretación de la génesis de las relaciones de género asociadas a las labores del cuidado. Debido a esto, la estrategia «A cuidar se aprende» plantea la división sexual del trabajo como uno de los orígenes explicativos de las desigualdades entre mujeres y hombres en las sociedades, pues se menciona el proceso sociohistórico por medio del cual las labores del cuidado fueron adscritas a las mujeres como si para estas fuera un «don

natural» (Badinter, 1981, citado en Secretaría Distrital de la Mujer, 2020). La división sexual del trabajo, según esta visión, es un modo de producción y un modo de socialización que orienta y enmarca las subjetividades femeninas y masculinas de acuerdo con unos mandatos y pautas de género. Para la estrategia es importante sugerir estas relaciones, ya que, según ese proceso histórico, se han generado estereotipos, roles y normas que impactan de manera directa lo que actualmente se entiende por cuidado, amor, responsabilidad, trabajo, entre otras categorías. El cambio de percepción en los cinco puntos que se mencionan anteriormente deviene justamente de transformar las ideas y expectativas que se tienen frente a los trabajos de cuidado en relación con el género.

La estrategia «A cuidar se aprende» se plantea una meta muy clara: generar «otras formas» de ser mujeres cuidadoras y hombres cuidadores. Esto implica, de la mano de su teoría de cambio cultural, que el Sidicu se enmarca en una estrategia rupturista (Fernández, 2014, citado en Secretaría Distrital de la Mujer, 2020), es decir, a diferencia de estrategias de corte más adaptativo, los programas y las estrategias dentro de las Manzanas del Cuidado buscan complejizar y transformar las experiencias frente a la crianza, el trabajo doméstico y el cuidado hacia otros. Esto, en términos prácticos, supone una transformación no solo de cómo las mujeres se relacionan con su maternidad, sino en general de cómo las mujeres se relacionan con el cuidado en las sociedades (Sistema Distrital de la Mujer, 2020, p.10). En cuanto a la figura de los hombres en esta discusión, el Sidicu

se posiciona desde una reinterpretación de las masculinidades. Esta idea se fundamenta en el uso de la categoría de «masculinidades cuidadoras» (Hanlon, 2012), la cual se define como nuevas formas de vida en las que los hombres involucran en sus actividades una ética del cuidado. Una de las características principales de esta ética es el rechazo al mandato de la dominación y, por el contrario, la exaltación y expresión de sus sentimientos, la valoración de las emociones positivas, la sensibilidad, la receptividad, la empatía, entre otras (Elliot, 2015; Held, 2006, y Hanlon, 2012, citados en Secretaría Distrital de la Mujer, 2020).

El Sidicu entiende el género como «un sistema social que asigna recursos, roles, poder y derechos dependiendo de si una persona o práctica es percibida como masculina o femenina» (Secretaría Distrital de la Mujer, 2020, p. 11). La definición de la categoría de género dentro de cualquier política pública no es un proceso menor. De hecho, supone una toma de decisión por parte de las entidades involucradas frente a su visión y misión en la consecución de cambios en favor de las mujeres. En este caso, el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado es una actividad que sustenta y reproduce las inequidades y desigualdades dentro del sistema social de género. La estrategia pedagógica apunta a identificar y transformar las normas, los roles, los estereotipos y las expectativas de género, producto de la socialización dentro de este sistema asimétrico.

De acuerdo con lo que plantean Cislighi y Heise (2019, citados en Secretaría Distrital de la Mujer, 2020), la estrategia se acoge a una definición de normas sociales como

las acciones aceptadas y apropiadas para las mujeres y los hombres en una determinada sociedad. Están arraigadas en las instituciones formales e informales, anidadas en la mente y producidas y reproducidas a través de la interacción social. Juegan un papel importante en determinar el acceso (usualmente desigual) de hombres y mujeres a los recursos y las libertades, de tal modo que afectan su voz, su poder y su sentido de identidad.

A su vez, estas normas operan siempre que existan expectativas sobre el comportamiento de otras personas, las cuales se generan a partir de creencias personales, que pueden ser objetivas o normativas. Estas últimas asignan un valor positivo o negativo a situaciones o comportamientos determinados, lo que paralelamente genera escenarios de sanción o culpa, dependiendo de qué se entienda como deseable o no deseable de acuerdo con el género; estas categorías conceptuales son la bisagra de cambio cultural de la estrategia. Para el Sidicu, la meta es transformar estas normas a partir del cambio en las creencias y en los comportamientos personales.

Ahora, vale la pena resaltar que la investigación que realiza la Secretaría de la Mujer para el Sidicu refleja cambios en las percepciones y creencias personales por parte de hombres y mujeres hacia el trabajo de cuidado. Según se indica, la mayoría de los hombres que participaron en los grupos focales indican que la igualdad de género es deseable, así como es deseable que ellos participen de manera más justa en las labores de cuidado no remunerado. Sin embargo,

en la práctica y en relación con las estadísticas de tiempo dedicado al cuidado, no se percibe una correspondencia entre esa idea favorable y un cambio en el comportamiento práctico dentro de los hogares. En otras palabras, «si bien las creencias de las personas son mayoritariamente favorables a la redistribución del trabajo de cuidado no remunerado, esto no garantiza que efectivamente esta se dé en los hogares» (Secretaría Distrital de la Mujer, 2020, p.33). Estos contrastes evidencian las tensiones actuales respecto a normas sociales que pueden encontrarse en transformación y otras normas que están más establecidas o arraigadas.

Como mencioné antes, la estrategia «A cuidar se aprende» se encuentra alineada con el objetivo de reconocer el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado en Bogotá. Luego de exponer el orden argumentativo de la estrategia, resulta más clara la propuesta narrativa del cambio del Sidicu frente a este objetivo:

si se transforman las creencias, disposiciones, emociones, comportamientos, conocimientos, habilidades, expectativas sociales y vínculos afectivos que obstaculizan el reconocimiento y la redistribución del trabajo de cuidado no remunerado, entonces, las personas valorarán y compartirán de manera más equitativa la responsabilidad de este trabajo en los hogares de Bogotá. (Secretaría Distrital de la Mujer, 2020, p.36)

A partir de talleres de sensibilización, actividades experienciales, espacios de formación, conversatorios, eventos,

talleres de literatura, entre otros tipos de actividades, la estrategia pedagógica de cambio cultural espera que las personas paulatinamente abandonen las normas sociales de género que justifican la distribución desigual de las labores de trabajo de cuidado no remunerado en Bogotá.

En términos prácticos, el Sidicu cuenta con los componentes de sensibilización, formación y amplificación para ejecutar sus actividades. El componente de formación se centra en procesos de aprendizaje, cursos, diplomados y estrategias de transmisión de conocimientos tanto para hombres como mujeres. El componente de amplificación

hace referencia a la identificación de aliados y aliadas por fuera de las instituciones públicas directamente vinculadas al Sidicu para consolidar una Red de Alianzas del Cuidado que pueda amplificar los mensajes y la pedagogía en torno al reconocimiento y la redistribución del trabajo de cuidado no remunerado. (Secretaría Distrital de la Mujer, 2020 p.42)

El componente de sensibilización y transformación cultural es el que contempla los ciclos y talleres de lectura como parte de sus actividades principales. En este componente, la gestión y reflexión sobre las emociones sustenta la transformación de creencias y normas sociales. Es dentro de este componente en el que BiblioRed lleva a cabo los ciclos de lectura que cuestionan los estereotipos de género, con el objetivo de posicionar la lectura como una herramienta pedagógica que puede enseñar nuevas formas de ser, actuar y hacer en el mundo.

¿Qué son los ciclos de lectura al interior de las Manzanas del Cuidado?

Para BiblioRed, la lectura puede ser una herramienta que genere reflexiones en torno a los roles tradicionales de género y, específicamente, a la redistribución de las responsabilidades frente al trabajo de cuidado. En este espacio también se leen textos en los que se identifican masculinidades cuidadoras y afectivas que asumen sus responsabilidades de cuidado. Para la Red, la lectura se entiende desde el goce y el placer y no se puede concebir como una herramienta de transformación cultural desvinculada de la experiencia estética que conlleva. Es innegable que los espacios de lectura tienen implicaciones pedagógicas y que pueden, por un lado, acercarnos a nuevas formas de hacer y, por el otro, enseñarnos a imaginar nuevas formas de actuar³. Como lo explica Martha Nussbaum (2010), las sociedades democráticas requieren de las artes y las humanidades para su desarrollo, especialmente para desarrollar la imaginación narrativa, es decir, la capacidad de ponerse en el lugar de otra persona, de interpretar con inteligencia el relato de esa persona y de entender sus sentimientos, deseos y expectativas. Así, al interpretar los relatos de personajes que cuestionan los roles tradicionales de género, se puede invitar a la ciudadanía a entender y encontrarle sentido a formas de actuar y sentir que sean

.....

3 La información de este apartado sobre los ciclos de lectura se encuentra en un documento interno de BiblioRed que se utilizó para fundamentar la articulación inicial con el Sidicu.

afines a la redistribución del cuidado. En ese sentido, la literatura puede ser un detonador de nuevas creencias y disposiciones hacia el género. En este orden de ideas, BiblioRed se convierte en una aliada de la estrategia de cambio cultural «A cuidar se aprende» del Sidicu, puesto que puede disponer de publicaciones tanto digitales como impresas de las bibliotecas y de los espacios alternativos de lectura. Igualmente cuenta con el trabajo de mediadoras y mediadores que pueden acompañar la interpretación y lectura crítica de estos contenidos, con el fin de que se facilite la transformación de creencias y disposiciones que busca la estrategia.

La participación de BiblioRed en la estrategia de Manzanas del Cuidado se desarrolla dentro de lo que se comprende como extensión bibliotecaria, cuya clasificación implica un servicio que se articula de manera cooperativa con la Secretaría de la Mujer para garantizar el acceso a la cultura escrita, la lectura y la oralidad de las poblaciones beneficiarias del Sidicu. Es importante mencionar que los ciclos de lectura se adecúan de diversas formas una vez que las actividades se desarrollan dentro de las Manzanas del Cuidado. Esto quiere decir que las mediadoras y los mediadores territoriales de la Red cuentan con plena autonomía para desarrollar diferentes estrategias y metodologías que se adapten a las necesidades que perciben desde sus usuarias y usuarios.

En principio, los mediadores cuentan con una guía que establece 5 ejes temáticos:

1. **Mi propio cuidado:** se refiere al cuidado del propio cuerpo tanto en una dimensión física como en una dimensión emocional y psicológica. Igualmente, se refiere a la transformación de estereotipos y roles de género que determinan lo que una persona puede ser o puede hacer.
2. **El cuidado de mis seres cercanos:** se refiere al cuidado de familiares, amigas y amigos, animales de compañía, plantas y demás seres vivos que tengan un vínculo afectivo con las personas.
3. **El cuidado de mis entornos cercanos:** se refiere al cuidado de la casa, el apartamento, la finca o el lugar de residencia y a todos los objetos y elementos que allí se resguardan y que permiten la supervivencia y bienestar de las personas.
4. **El cuidado de mi comunidad:** se refiere al cuidado de los vecinos y la comunidad amplia de individuos con quienes se comparte un espacio.
5. **El cuidado de mi territorio:** se refiere al cuidado de los recursos naturales, de la cultura o de los símbolos de una comunidad.

Estas categorías funcionan para entregar un marco general sobre la mediación que puede realizarse en los diferentes espacios bibliotecarios. Sin embargo, en varias conversaciones que he sostenido con las mediadoras y los mediadores territoriales, estos indican que los ejes y las actividades relacionadas cambian significativamente en la medida en que los procesos con usuarias y usuarios avanzan en

el tiempo. Por su parte, en muchas ocasiones se perciben como insuficientes los ejes temáticos, ya que no cuentan con propuestas metodológicas que puedan modificarse o ajustarse a lo largo del tiempo. También es importante mencionar que las mediadoras y los mediadores territoriales argumentan que el concepto de cuidado puede agotarse en el tiempo. Es decir, que las mujeres usuarias no necesariamente quieren seguir hablando y discutiendo de cuidado siempre que están en las Manzanas. Esto ha llevado a los mediadores territoriales a entablar conversaciones y actividades que, si bien se relacionan con el cuidado, se abordan desde otro tipo de conceptos y reflexiones. En cualquier caso, sus ejercicios de mediación se alimentan y configuran sobre todo de sus propias indagaciones, de las conversaciones que tienen con sus pares y, para ser sincera, de una inagotable fuente de creatividad que les permite modificar y ajustar sus ejercicios de mediación de acuerdo con lo que demanda el espacio.

LECTURA Y CUIDADO: UNA RELACIÓN EN CONSTRUCCIÓN

El comportamiento lector de mujeres y hombres ha sido un tema de análisis que ha cobrado cada vez mayor importancia en los planes de lectura distritales y nacionales en el país. Aunque actualmente el acceso al conocimiento por parte de las mujeres es mucho mayor, no hay que olvidar que la lectura y la escritura han sido prácticas asociadas tradicionalmente al dominio de los hombres. Hoy en día, dos tercios de los analfabetos en el mundo son mujeres (Unesco, 2016). Ya Virginia Woolf (1929) describió con excelencia por qué una mujer necesita un cuarto propio y dinero para escribir: ambos negados a las mujeres hasta hace muy poco en comparación con el tiempo que lleva el desarrollo de nuestras sociedades. El libro ha sido —y sigue siendo— el símbolo por excelencia de la educación y la erudición. Sin embargo, el acceso a estas posiciones de saber ya no debería ser considerado como un tema de privilegio sino de derecho. Desde hace aproximadamente 20 años, Bogotá ha venido instaurando una Red de Bibliotecas Públicas que, junto con avances en normativas distritales, posiciona hoy en día el acceso a la cultura escrita como un

derecho de toda la ciudadanía sin importar su pertenencia étnica, racial, curso de vida, género u orientación sexual.

Este comportamiento lector y el acceso efectivo hacia estas prácticas son temas que se han instaurado en las encuestas nacionales y distritales del sector cultural y educativo en el país. Una de ellas es la Encuesta de Consumo Cultural (DANE, 2020) aplicada en 2017 y 2020. Uno de los hallazgos más importantes, que además se mantiene en los distintos instrumentos aplicados en el país, es lo relacionado con la mediación de lectura en niñas y niños entre los 5 y 11 años de edad. En el 2017, el 65,2 % de los niños encuestados respondió que prefiere que su mamá sea quien les lea; en el 2020, 71 % de las niñas y los niños encuestados prefirió que su mamá les lea, en comparación con un 11,9 % (en 2017), y un 13 % (en 2020) que prefiere que sea su papá. Estos resultados son importantes porque sustentan una vez más la carga mayoritaria de cuidado que tienen las mujeres en su hogar, en este caso expresado en el cuidado directo o también denominado cuidado de personas.

Ahora, respecto al cuidado hacia sí mismas, algunas investigaciones han abordado los círculos de lectura en mujeres desde una perspectiva de empoderamiento y libertad (Puente y Ruiz Gómez, 2022). Aunque es importante no asumir una visión esencialista de la lectura como inherentemente buena, sí se requiere concebir la práctica como un escenario posible para el crecimiento y la exploración individual. Es importante preguntarse si las prácticas de lectura y escritura, de alguna u otra manera, se vuelven escenarios para cuestionar situaciones de exclusión o violencia

en la vida de las mujeres. Por ejemplo, frente a este círculo de lectura que referencian las autoras en México (Puentes y Gómez, 2022), se destaca la construcción de confianza de las mujeres participantes, lo que a su vez se manifiesta en una mayor seguridad para expresarse dentro y fuera de su hogar y, en ocasiones, retar los silencios que antes se daban por sentado. Es interesante la manera en la que muestran cómo las mujeres asistentes al espacio se ven desafiadas constantemente por sus parejas e hijos sobre el tiempo que destinan a esta nueva actividad. En este sentido, es importante observar si conceptos como libertad, liberación, emancipación o culpa pueden relacionarse con las prácticas de lectura y escritura que esta investigación propone explorar.

Por su parte, la magnitud del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado en el país ha sido visibilizado gracias a la aplicación de métodos cuantitativos desde la sanción de la Ley 1413 de 2010⁴. La Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT), aplicada por primera vez en 2013, ha mostrado la cantidad de horas que las mujeres han «donado» a la sociedad, los costos asociados a esa producción y las

.....

4 Esta ley tiene por objeto incluir la economía del cuidado conformada por el trabajo de hogar no remunerado en el Sistema de Cuentas Nacionales, «con el objeto de medir la contribución de la mujer al desarrollo económico y social del país y como herramienta fundamental para la definición e implementación de políticas públicas» (Ley 1413, 2010). El trabajo de hogar no remunerado incluye los servicios domésticos, personales y de cuidados generados y consumidos dentro del propio hogar, por los que no se percibe retribución económica directa. Esta categoría de trabajo es de fundamental importancia económica en una sociedad.

implicaciones de su participación dentro del mercado laboral (Moreno-Salamanca, 2018). Para entender las regulaciones en torno al cuidado, hay que entender los dos regímenes que existen en la provisión del bienestar en las sociedades: 1) el régimen familiarista y 2) el régimen desfamiliarizador. Colombia, y la mayoría de países de la región, se estructuran bajo el primero, que quiere decir que la provisión de bienestar proviene para «la mayoría de la población de arreglos familiares y el Estado no tiene presencia importante» (Moreno-Salamanca, 2018).

De acuerdo con el Departamento Nacional de Planeación (DNP) (s.f.), la idea fundamental detrás de la economía del cuidado es que el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, además de generar bienestar a las personas, también produce valor, por lo cual este tipo de trabajo se puede considerar como un bien o servicio económico, pero este valor es invisible a los cálculos estándar del valor generado por la economía (p.5). La economía feminista justamente se propone visibilizar ese valor, aunque los términos asociados al cuidado han mutado y actualmente se engloban como trabajos domésticos y de cuidado no remunerado. En un principio, se hablaba de trabajo reproductivo o trabajo doméstico; sin embargo, la categoría de cuidado fue complejizándose para abarcar de la manera más precisa la carga de trabajo que supone el cuidado directo e indirecto en los hogares.

La necesidad de un Sistema Distrital de Cuidado se sustenta en el impacto demostrado que tiene la injerencia del

gasto público en la reducción de las cargas de trabajo no remunerado para las mujeres. En otras palabras, cuando el Estado suple ciertas actividades y espacios de provisión de bienestar, las mujeres, en especial las más pobres, pueden obtener cierto margen de tiempo para sus actividades personales. Sobre el impacto del nivel sociocultural en las relaciones de cuidado, vale la pena mencionar que entre más nivel educativo tienen las mujeres, menos tiempo gastan en trabajos domésticos y de cuidado no remunerados. Sucede lo mismo de manera inversa: menos nivel educativo, más tiempo en trabajo doméstico y de cuidado no remunerado (Moreno-Salamanca, 2018). El nivel educativo también se encuentra conectado con el poder adquisitivo: entre más dinero tienen las mujeres, más facilidades tienen para contratar —a otras mujeres— para realizar las tareas de cuidado en el hogar. El objetivo de iniciativas como el Sidicu es desfamiliarizar la provisión del bienestar.

Teniendo en cuenta la descripción y el contexto del Sidicu y de los servicios de extensión bibliotecaria de BibloRed, a continuación presento los hallazgos relacionados con los tres objetivos específicos de la investigación. La información asociada a cada objetivo se alimenta del proceso de observación participante, las entrevistas, los aportes de las mediadoras y los mediadores territoriales y la revisión de literatura secundaria asociada a las categorías analíticas pertinentes para el desarrollo de la pregunta general de la investigación.

Para que las personas interioricen —más que racionalicen— la importancia de las prácticas de lectura y escritura en sus vidas, es fundamental que exista interdisciplinariedad en las actividades que se realizan en los espacios.

LAS SALAS DE LECTURA COMO ESPACIOS PARA LA CREACIÓN

En principio, la lectura puede ser entendida como el desciframiento del código escrito, es decir, como la capacidad para entender y darle sentido a signos y símbolos de nuestro lenguaje. Sin embargo, el potencial de esta práctica supera este nivel inicial o funcional. Siguiendo a Kalman (2002), la alfabetización es ante todo un medio para participar del mundo social y de los eventos comunicativos que lo conforman. Esto se traduce en oportunidades para la incidencia tanto en el plano colectivo como, individual de las personas. La escritura, por su parte, permite usar el lenguaje más allá del habla: nos hace conscientes del lenguaje mismo de un modo que afecta nuestra vida privada y nuestra vida pública. La lectura y la escritura potencian procesos de conocimiento, reflexión, entendimiento, conciencia, análisis y creación, así como aspectos más funcionales relacionados con el registro, la memoria, entre otros.

Esta investigación entiende la lectura y la escritura como prácticas sociales y situadas, lo que implica que no hago referencia a la lectura o a la escritura únicamente como habilidades individuales, sino como mecanismos de participación que impactan en el ejercicio de una ciudadanía

activa, pues permiten acceder, disputar y comprender otros derechos. A su vez, entender la lectura como una práctica social permite abordarla desde la trayectoria y el trasegar del sujeto lector, no desde imposiciones o ideas preestablecidas frente a la práctica (Guzmán, 2023, p.14). Esto último es importante porque cuestiona la lectura como un «deber ser normativo» que antecede a la persona y pasa a entenderla como una experiencia de vida que se conecta de formas diversas y cambiantes con los devenires vitales de las personas (Guzmán, 2023).

Sumado a la reflexión sobre el «deber ser normativo», es clave mantener una perspectiva amplia de lo que se entiende por lectura. Esta investigación sustenta de manera empírica uno de los hallazgos más importantes de la agenda pública para la formulación de la Política Pública de Lectura, Escritura y Oralidad – La LEO: el libro, aunque pieza fundamental de las prácticas de lectura y escritura, no puede ser el centro exclusivo de la vinculación con la cultura escrita. Esto implica necesariamente contar con otros lenguajes que permitan dicha vinculación, es decir, que se conecten con los afectos y sentires emocionales de las personas a través de estas prácticas. En el proceso de formulación se hizo hincapié en la importancia de las artes, la música, la danza, el cine y la pintura como formas de aprehender a leer no solo el objeto en sí mismo sino el cuerpo y el contexto. Leer, entonces, no se limita a pasar la vista por palabras impresas, sino al ejercicio de comprender mi realidad y la de otros a partir de los intercambios de experiencias colectivas e individuales.

Esta idea recoge la importancia que tuvo para la formulación e implementación actual de La LEO la exploración de lenguajes más allá de los tradicionales, de la planeación de actividades que conecten en un nivel profundo con las personas usuarias y de la disposición de espacios de la cultura escrita y oral donde las personas puedan sentir que son bienvenidas sus formas, sus palabras y sus idiosincrasias. Esto es justamente lo que acontece en las actividades de las Salas de Lectura en las Manzanas del Cuidado y es una postura que comparten las mediadoras y los mediadores territoriales en su trasegar diario con la mediación. Es evidente que una lectura en voz alta de los clásicos de la literatura occidental no funciona por sí misma. Son las mediadoras y los mediadores quienes deben encontrar las conexiones correctas y pertinentes con sus usuarias y usuarios a través de la exploración de diversas actividades que pueden contener pintura, tejido, conversación guiada, proyección de contenidos audiovisuales, dibujo, meditación, activaciones con el cuerpo, entre otras actividades. Para que las personas interioricen —más que racionalicen— la importancia de las prácticas de lectura y escritura en sus vidas, es fundamental que exista interdisciplinariedad en las actividades que se realizan en los espacios.

Los conceptos de acceso y disponibilidad han sido centrales para repensar y profundizar en ejercicios de caracterización y oferta más pertinentes alrededor de la cultura escrita. Entendemos el acceso no solo como la disponibilidad de lugares para la cultura escrita —como las bibliotecas—, sino como el proceso de construcción de cercanía simbólica

para las poblaciones que habitan la ciudad. En otras palabras, el acceso es la relación íntima y práctica que tiene una persona con las prácticas LEO a lo largo de su vida, y en ello juegan un papel importante los afectos, las historias vitales y las necesidades. La disponibilidad, en efecto, da cuenta de los lugares convencionales y alternativos en los que se generan oportunidades de acceso a la cultura escrita en el territorio que habitan las personas. Es importante precisar que no hay acceso inmediato porque exista la disponibilidad; esa es justamente la idea que debe disputarse. Como indica Guzmán (2023), no se trata únicamente de la apertura de espacios lectores o el aumento de colecciones, sino de espacios para la reflexión, la formación y la investigación alrededor de las prácticas de lectura y escritura (p.20).

A continuación realizaré la descripción y el análisis a partir de mi experiencia en campo dentro de las dos Salas de Lectura que tiene BibloRed en articulación con el Sidicu. Espero mostrar un panorama en el que se rescaten y se respeten las reflexiones, las bromas, los llantos y las enunciaciones de las mujeres con las cuales compartí durante estos meses, así como las reflexiones que varias mediadoras y mediadores compartieron conmigo durante sus actividades en diferentes Manzanas del Cuidado de la ciudad.

Sala de Lectura de la Manzana del Cuidado del Centro

El ejercicio de caracterizar supone entender y delimitar las particularidades o los atributos de algo o alguien. Este

ejercicio es muy importante porque permite saber qué tipo de personas se acercan a los espacios de lectura y de qué manera se relacionan con ese espacio. Aunque BiblioRed cuenta con los servicios de extensión bibliotecaria en los Paraderos Paralibros Paraparques (PPP)⁵, la configuración de las Salas de Lectura en las Manzanas del Cuidado permite un mejor y mayor acercamiento a un grupo estable y frecuente de mujeres cuidadoras que asisten a las actividades. En el caso de la Sala de Lectura de la Manzana del Cuidado del Centro, el grupo se compone de al menos siete mujeres que asisten con regularidad a las actividades de mediación que se realizan en el espacio. Además de ellas, el espacio también cuenta con mujeres que van de manera esporádica a las actividades dentro de la Sala de Lectura. En términos generales, cada actividad a la que asistí en el taller de lectura contó con al menos cinco mujeres en el espacio.

La escucha y la observación atenta en los espacios que he compartido con las mujeres usuarias de la Sala de Lectura me han dado insumos para comprender y caracterizar algunas de las representaciones o los imaginarios que existen sobre la lectura y sus finalidades. Aunque es evidente que no todas comparten una misma idea sobre los aspectos funcionales y afectivos de la lectura y la escritura, sí existe una sensación generalizada sobre la importancia de compartir y dialogar en ese espacio. Desde la primera sesión a la que asistí, me di cuenta de que me encontraba

5 Los PPP son espacios para el diálogo y el encuentro con los libros ubicados en parques de todas las localidades de la ciudad.

en un espacio-tiempo en el que confluían la crítica social, la catarsis, el desahogo, el diálogo de saberes, la creatividad y las bromas, siempre las bromas. Las mujeres que se encontraban sentadas en las dos mesas que conforman la Sala de Lectura me recibieron con una sonrisa y un saludo caluroso; me sentí bienvenida desde ese primer momento. Esas dos mesas han sostenido numerosas actividades que retan a las mujeres a conectarse con su capacidad de escribir, documentar, responder preguntas y reflexionar sobre sus vidas.

Este último es uno de los hallazgos más importantes que he podido evidenciar dentro de la Sala: las mujeres creen que no pueden hacer determinadas actividades hasta que efectivamente las hacen. Aunque parezca tautológico, en realidad consiste en un ejercicio en el que juegan la resistencia, la comodidad y los límites que cada una considera que tiene al hacer parte de ese espacio. En la entrevista que tuve con Alisson Quiroga, mediadora territorial de la Sala de Lectura, ahondamos en las concepciones que ella tiene sobre su ejercicio pedagógico y en los imaginarios que las mujeres usuarias tienen sobre la escritura, y al respecto afirma:

[...] la escritura solo es para ese fin mismo de escribir, verbalizar y hacer palabra todo lo que uno siente, es una terapia. Entonces, digamos una cosa muy bonita ha sido, como tallerista, pensar que todo el mundo puede escribir, y yo soy muy creyente de eso, todo el mundo puede escribir y la gente no escribe, y cuando se dan cuenta que pueden escribir es como «wow,

puedo plasmar todo lo que siento, todos los embrollos que tengo en mi cabeza porque simplemente es escribir». Sí, como que no es un fin más allá de eso, siento que esa es una relación muy bonita que cualquier persona podría crear con la escritura.

Las palabras de Alisson resuenan con lo que Mireya, usuaria frecuente de la Sala, ha comentado varias veces sobre su proceso de escritura. Ella creía que no podía escribir o que no tenía nada muy interesante que contar, pero haciendo los ejercicios creativos se dio cuenta de que era una experiencia liberadora y supremamente reveladora para su vida. De hecho, ahora es una de las actividades que más realiza en su cotidianidad. Mireya tiene una letra menuda, uniforme y clara, de esas letras que una envidia. En los ejercicios de escritura que he compartido con ella en las sesiones de mediación, siempre se toma el tiempo necesario para ir más allá: decora la hoja, le hace cortes especiales, se pierde dentro de sí para plasmar con detalle y esmero lo que pasa por su cabeza. En las conversaciones casuales y en la entrevista que sostuve con ella, fue evidente el poder transformador que la lectura y la escritura han tenido en su vida.

[...] a mí me gusta escuchar de todo, de todo un poquito aprendo, nadie tiene la razón, nadie tiene la verdad. Si sumercé no sabe leer, no aprende para su vida, no aprende a tener unas buenas relaciones personales porque no tiene las herramientas, y a uno no se las dan lastimosamente..., pero si usted va y coge un libro, en donde intervienen muchas cosas del

cerebro y de la persona, todo lo que implica, pero a nosotros no nos explican eso: la sabiduría, el tesoro, la importancia que es leer, porque además usted se está reflejando, se empieza a meter en el cuento, ayuda a buscar soluciones, genera en el pensamiento alternativas de vida... Eso es una belleza, yo vivo admirada, me hubieran enseñado antes eso, pero es una belleza.

Que la lectura y la escritura sean para todas y todos implica aterrizar sus usos y efectos. Como se dijo al principio de este documento, estas prácticas pertenecieron por mucho tiempo a hombres ilustrados, de clase alta y con acceso a espacios y entidades educativas de élite. Esos imaginarios no han cesado. Hoy todavía muchas personas creen que no tienen nada importante que decir o aportar, y esa concepción solo cambia cuando existen espacios en donde se estimula el papel de la creatividad y la imaginación en pro de la construcción de saberes y el compartir de experiencias. En numerosos encuentros en donde he compartido con mujeres usuarias de las Manzanas del Cuidado, es normal escuchar frases como las siguientes: «Yo no sé dibujar», «pero... ¿cómo se supone que haga eso que me pide?», «no sé qué puedo escribir», «esto está muy feo», entre otras.

Esa resistencia es natural. De hecho, según la Encuesta de Lectura, Escritura, Oralidad y Espacios de Lectura, el 27 % de las personas encuestadas cree que escribir es difícil. Y sí, lo es, sobre todo si no se generan las condiciones de posibilidad para que las personas establezcan vínculos de afecto y emoción con el proceso. Así que Alisson, cuando

afirma que cree férreamente en que todas y cada una de las personas que hacen parte de su espacio de mediación pueden escribir, está derribando barreras de acceso que históricamente hemos tenido las mujeres para conectarnos con el potencial de estas prácticas en nuestra vida. En nuestra entrevista, también usó una palabra que, en mi opinión, describe muy bien lo que puede sentir una mujer o una persona que ha creído toda su vida que no es bienvenida en estos espacios de supuesta erudición: abismo.

El abismo puede ser definido como una profundidad grande, imponente y peligrosa. El ejemplo que da Alisson es la lectura de una novela: muchas de las mujeres de la Sala no habían leído nunca una novela entera. El abismo aparece: «¿Cómo voy a leer una novela si yo nunca he leído ni una página?». La resistencia aparece: «Yo, Mireya, nunca he escrito, por lo tanto, no voy a poder hacerlo ahora»; «yo, María, nunca he leído con frecuencia, por lo tanto, no voy a poder terminar un libro». En las sesiones en las que he participado, he visto cómo las mujeres sueltan la mano y la mente, empiezan a participar más, se atreven a escribir, usan los colores y las pinturas. Yo misma he sido una de ellas. Recuerdo que en una de las primeras sesiones, Alisson nos propuso hacer un abecedario con un tipo de caligrafía específica. Eso implicaba hacer uso de una técnica manual que nunca antes había hecho. Mis propios límites salían a flote: «Yo, Laura, no soy una “persona artística”, combino mal los colores, nunca decoré nada en mi vida, no me se dan las manualidades». Combatiendo el perfeccionismo que me caracteriza, logré armar una serie de letras con

patrones y curvas que se asemejaban —levemente— a la propuesta inicial que nos presentaba la mediadora. Luego de esa primera sesión, hubo varias actividades en las que sentía que ya no tenía que usar la regla o que no tenía que guiarme necesariamente por la referencia original. Ese proceso, aunque parezca de poca importancia, ejemplifica el crecimiento que cada una de las participantes tiene en el espacio. Para mí fue la letra; para Mireya, la escritura; para Elvinia, el dibujo.

El deber normativo que indica que la lectura es buena *per se* y en sí misma tiene que ser contrastada con las experiencias situadas de las personas que hacen parte de los espacios de mediación de estas prácticas. En el caso de la Sala de Lectura del Centro, es evidente que hay un ejercicio muy cuidadoso por darle un lugar de valor y centralidad a las opiniones y los sentires de las mujeres que hacen parte de ella. En muchas ocasiones, varias participantes han indicado que no se sienten necesariamente cercanas a los libros y sus enseñanzas; entienden —desde lejos— que es una práctica apreciada y que socialmente se corresponde con una actividad que las personas «deberían» hacer. Sin embargo, y conectándolo con el hallazgo inicial, se dan cuenta de que pueden hacer parte de ese mundo una vez que se embarcan en pequeñas actividades de escritura y lectura que terminan por configurar un proceso más largo y riguroso que, en efecto, les permite sentir que son capaces de hacerlo.

En las conversaciones que he tenido con Alisson, es reiterativa en el papel que tienen la imaginación, la creatividad

y la desautomatización en los procesos de vinculación con las prácticas de lectura y escritura. Según ella, la creatividad y la imaginación no son suficientemente valoradas en nuestra sociedad. Muchas de las mujeres que asisten a la Sala de Lectura al principio muestran alguna resistencia a colorear o dibujar; sin embargo, como he venido describiendo, hacen falta un par de sesiones y una guía cariñosa para que todas nos sintamos en la capacidad de crear. Esto último es clave: cada mujer que asiste al espacio es creadora y sus creaciones son importantes. Cuando la mediadora habla de desautomatizar, genera un vínculo inmediato con los libros álbum, los libros silentes y las actividades que sacuden la zona de comodidad.

Frente a esta desautomatización es clave la apertura sobre qué es y qué no es un material de lectura. Por ejemplo, los libros silentes no cuentan con texto o palabras impresas, solo cuentan con imágenes. O los libros álbum que, aunque puedan parecer en principio libros para infancia, son en realidad una conjugación de historias en imágenes, poco texto y, en el fondo, muchas preguntas y reflexiones sobre la condición humana. Estos libros se pueden leer, así como también leemos una novela de cualquier escritor reconocido. La mediación ocurre cuando se hacen las preguntas y las apreciaciones indicadas sobre la historia, cuando cada pausa le permite a las mujeres del espacio conectar sus vivencias personales con lo que narra la historia o cuando se indaga sobre la interpretación de un objeto o de un personaje. Los ejercicios que vinculan este tipo de experiencias sensitivas y estéticas con las historias traen

además una reflexión fundamental para la vinculación de las mujeres cuidadoras —y, en general, de cualquier persona— a las prácticas de lectura y escritura. Se trata de las relaciones entre el juego y la certeza. Alisson me contaba, para ahondar en dicha relación:

[...] entonces los libros silentes funcionan mucho y pues es muy bonito porque tú le dices a la persona: «Bueno, ¿qué crees que es esto?», y pues nunca va a haber una respuesta correcta, porque pues tú también puedes crear toda una historia que no sea la que el escritor pensó, pero pues el libro se abre a esas posibilidades, es un buen ejercicio para fortalecer la imaginación. Otra cosa muy linda de la lectura es que desautomatiza tu rutina: tú tienes un espacio de crear y que puedes proponerte como ejercicios simplemente para jugar también; otra cosa de la literatura, la literatura es un juego, no es una certeza, no es una verdad, es juego constante.

Para entender la génesis de los imaginarios de erudición, masculinidad, élite y exclusividad asociados a los espacios de lectura y a las bibliotecas —justamente en oposición al juego y la diversión—, tendríamos que remontarnos a la historia del libro y la lectura en el mundo occidental. Sin embargo, vale la pena precisar algunas ideas que desarrolla Virginia Woolf en su icónico libro *Un cuarto propio* para acercarnos sutilmente a esta reflexión. Woolf relata toda la ruta y el orden de pensamiento que le suscitó una invitación a escribir y pensar sobre el tema de «las mujeres y la novela». Dejando de lado la maravillosa descripción en

la que se embarca para dar una conclusión sobre esta relación, me parece importante rescatar lo siguiente:

La independencia intelectual depende de cosas materiales. La poesía depende de la libertad intelectual. Y las mujeres han sido siempre pobres, no solo por doscientos años, sino desde el principio del tiempo. Las mujeres han tenido menos libertad intelectual que los hijos de los esclavos atenienses. Las mujeres, por consiguiente, no han tenido la menor oportunidad de escribir poesía. He insistido tanto por eso en la necesidad de tener dinero y un cuarto propio. (Woolf, 2013, p.139)

En la cita habla de poesía, pero en realidad en todo el texto hace alusión a la producción de conocimiento en general, sea novela, poesía, ensayo, pintura, música, entre otras. ¿Cómo se conectan estas dos ideas? Previamente, describía la importancia de considerarnos a nosotras mismas y a otras como creadoras. Uno de los cuestionamientos centrales que se hace Woolf en este recorrido es el siguiente: «¿cuál será el estado mental más propicio al acto de creación?» (p. 67). Esta pregunta no la resuelve inmediatamente; de hecho, se vale de una disertación extensa entre varias comparaciones, no solo de la producción artística de hombres y mujeres desde el siglo XV hasta el XX, sino de los distintos contextos materiales y sociales que rodeaban las expectativas sobre lo masculino y lo femenino a lo largo de ese tiempo. Sin más rodeos, y haciendo uso de una reducción importante de su argumento, Woolf concluye que las mujeres no hemos contado con las condiciones necesarias que nos

permitan la libertad intelectual que, por el contrario, sí han tenido los hombres a lo largo de la historia. En resumidas cuentas: «no pude dejar de pensar, mirando las obras de Shakespeare en el estante, que el obispo tenía razón: hubiera sido imposible, completa y enteramente imposible, que una mujer compusiera las piezas de Shakespeare en el tiempo de Shakespeare» (p. 62).

El halo de seriedad y magnanimidad que envuelve a la producción literaria «universal» y occidental ha calado en los imaginarios y las representaciones que tenemos sobre nuestra propia participación en ese mundo intelectual. Cuando Alisson repara en la importancia del juego y la imaginación en los procesos de vinculación con la lectura y escritura, logra, de a poco y quizás sin planearlo, que las mujeres que hacen parte de estos espacios se diviertan e interactúen tanto con formatos más tradicionales de la literatura como con materiales diversos y «raros», como ella misma los describe. En contraposición a la certeza y la verdad, el juego permite distintas interpretaciones, distintas modulaciones del contenido. Para mí y para las mujeres que han hecho parte del espacio de lectura, la apertura que se siente hacia nuestras opiniones y saberes ha sido fundamental. Estar fuera de criterios de evaluación sobre lo que es correcto e incorrecto en relación con determinado tema, ya sea político, social o cultural, permite que las mujeres se sientan creadoras y, en ese sentido, se permitan ser parte del mundo de interpretaciones que existen sobre la poesía, el ensayo y, por qué no, los clásicos literarios de gran reconocimiento.

Ahora, las necesidades materiales y económicas y el «estado mental más propicio para el acto de creación» son dos situaciones que, en esencia, son inversamente proporcionales. En presencia de los importantes análisis que hace Woolf sobre la participación de las mujeres en la producción de conocimiento, debo mencionar justamente el aspecto económico que las circunda. Como la autora indica, las mujeres hemos sido siempre pobres. Por supuesto, esta afirmación se matiza de acuerdo con el país, la ciudad, la comunidad y el contexto particular que se analice. Sin embargo, en el caso de la Sala de Lectura de la Manzana del Cuidado del Centro —y de forma más evidente en la Sala de Lectura de Mochuelos, de la cual hablaré más adelante—, las mujeres que participan sí tienen, en su mayoría, dificultades económicas.

Respecto a esta realidad material, vale la pena mencionar la caracterización inicial que realizó la Secretaría de la Mujer para la puesta en funcionamiento del Sidicu. El Sistema define a una mujer cuidadora de tiempo completo como aquella que destina 6 horas al día o más al trabajo de cuidado no remunerado. Del 88 % de mujeres mayores de 10 años en Bogotá que realizan estos cuidados no remunerados, 27 % son cuidadoras de tiempo completo (Secretaría Distrital de la Mujer, 2021, p. 8). Hay un factor de vulnerabilidad muy presente debido a que existe una tendencia importante en la concentración de mujeres cuidadoras de tiempo completo en los estratos socioeconómicos más bajos de la ciudad, es decir, los estratos 1, 2 y 3. Además, se encuentran también dentro de los niveles educativos más

bajos: secundaria, primaria o ningún nivel educativo alcanzado. El 45 % de las mujeres de estrato 2 dedican más de 6 horas al trabajo de cuidado no remunerado, mientras que las mujeres de estrato 6 dedican solo el 1 % de su tiempo a estas labores (Secretaría Distrital de la Mujer, 2021, p. 9).

El Sidicu también parte de una afirmación fundamental: el cuidado es una experiencia socioeconómicamente estratificada. Al respecto, es necesario mencionar que la cuestión de clase es central en las discusiones alrededor de las políticas públicas de cuidado, ya que las investigaciones empíricas y teóricas sustentan que entre menor es el nivel educativo y los ingresos, mayor es el tiempo destinado al trabajo doméstico y de cuidado no remunerado (Moreno-Salamanca, 2018). Los mecanismos de cambio, entonces, no pueden ser iguales para todas, puesto que una mujer con mayores ingresos tendrá la posibilidad de subcontratar a otras mujeres, con menores ingresos, para que realicen las labores de cuidado dentro de su hogar. En este sentido, no solo esta estrategia sino los programas del Sidicu en general procuran una atención especial a las mujeres de menores ingresos, ya que son ellas las que al final requieren una mayor ayuda por parte del Estado para poder suplir o delegar actividades asociadas al cuidado.

Esta información es muy importante para conocer quiénes llegan a los servicios del Sidicu y cuáles son las expectativas de cambio y transformación social que existen al interior de los procesos que engloba. Las mujeres que participan de la Sala de Lectura del Centro son, casi que en su totalidad, mujeres mayores, es decir, hoy en día no se dedican

necesariamente al cuidado directo de personas, como sí lo hace una madre joven que acaba de tener a su bebé. Sin embargo, en las entrevistas y conversaciones que he tenido con algunas usuarias, es claro que sí se dedicaron en su vida joven y adulta a esta labor. Los espacios que han encontrado en las Manzanas del Cuidado han resultado fundamentales para explorar el uso de su propio tiempo, un tiempo que se construye de forma íntima y presente para cada una de ellas. Sobre su vinculación a las Manzanas del Cuidado hablaré más adelante, en el apartado de transformaciones. Por ahora, me permito citar a Ariela, otra de las usuarias, frente a su situación económica particular. Antes de su intervención, yo le mencionaba la importancia de que los servicios de la Manzana fueran gratuitos:

Eso es algo muy importante porque la mayoría de las que vamos estamos graves de bolsillo, casi la mayoría. Es muy poca la que tiene su vida resuelta con una pensión; yo, por ejemplo, no tengo seguridad social, yo no tengo pensión, no me enfermo es de arepa...

Aunque la existencia de la Manzana del Cuidado del Centro, y en ella la Sala de Lectura, no soluciona el factor económico limitante que muchas mujeres usuarias viven diariamente, sí permite un lugar de escape y de posibilidades para explorar una realidad distinta, lejana a la necesidad económica que puede sentirse una vez las mujeres asistentes cruzan la puerta de salida. Al respecto, Ariela describe ilustrativamente este escenario cuando le pregunto cómo se siente al participar de las actividades dentro de la Manzana del Cuidado:

Uy, rico, delicioso. Lo primero es el encuentro con la gente, que te encuentres con las personas de siempre es bonito, porque yo pienso que cuando uno llega se le olvida todo, tú puedes tener todos los conflictos del mundo, todos los problemas, tú no te acuerdas de tus problemas, es como si un telón pasara y te borrara la cabeza, tú entras y de una es como «quihubo»; llega la otra con el dulce, la otra con el chocolate, la otra con la vaina, y ahí se va armando como una hermandad; se habla de los problemas, entonces que mira que puedes hacer esto, que háblate con no sé quién...

Entrar a la Sala y olvidarse del mundo, como dice Ariela, es una sensación que todas las mujeres asistentes comparten. El tejido social que se genera en las interacciones sostenidas a lo largo del tiempo dentro de este espacio tiene consecuencias perceptibles y materiales: las mujeres se ayudan unas a otras, comparten información sobre cursos y oficios que pueden mejorar su situación económica, se hacen recomendaciones de trabajos, entre otras cosas. De las disertaciones que hace Woolf, sumado a la experiencia situada de mediación que comparte Alisson, podemos concluir que, para que el ejercicio creativo nazca, deben conjugarse distintos factores que posibiliten la exploración artística de las mujeres. No quisiera llevar muy lejos la analogía del «cuarto propio» que hace la autora inglesa, pero las dos mesas que componen la Sala de Lectura sí se han convertido en una plataforma para la creación.

Ahora bien, es importante saber por qué describo el espacio como un lugar para la crítica social, la catarsis, el desahogo,

el diálogo de saberes y las bromas. Como he venido describiendo, las siguientes consideraciones están inspiradas en un grupo de mujeres que se mantiene estable en el espacio. Sin embargo, también hay distintas reflexiones que devienen de la participación de usuarias que han asistido esporádicamente a las sesiones dentro de la Sala.

Frente a la crítica social, uno de los ejemplos más claros fue la discusión que se dio alrededor de las reformas a las semanas de pensión que deberían cotizar las mujeres actualmente en el país. La discusión empezó porque, según las participantes, el trabajo de cuidado no ha sido valorado en el sistema pensional actual, lo que obstaculiza una visión con enfoque de género de este. Todas las participantes se mostraron a favor del cambio que pretende tener el sistema con la reforma que presentará el Gobierno actual. Durante esta conversación, una de las mujeres participantes comentó que el trabajo de criar hijos era como estar en el servicio militar durante toda la vida. Aunque esta afirmación fue matizada, lo que quiso argumentar fue la cantidad de tiempo y energía que demanda la crianza. La usuaria comentaba que el trabajo de criar es para toda la vida y, en ese sentido, es como un «servicio militar eterno».

Otra de las mujeres, con un libro en la mano y sentada en una esquina de la Sala, imitó irónicamente la respuesta de los hijos ante la pregunta sobre el trabajo de un ama de casa: «¿Qué hace mi mamá? Mi mamá no trabaja, se la pasa en la casa», ante lo que ella afirma: «¿Qué tal? Dizque no hacemos nada, entonces ¿quién lava?, ¿quién hace la comida?, ¿quién dobla la ropa? Nosotras lo que hacemos es

trabajar». Frente a esta intervención, otra de las mujeres participantes aseguró que «ese sacrificio nadie lo paga», haciendo referencia a la posibilidad de que este tiempo se tenga en cuenta para el pago de pensión. El concepto de sacrificio sale a relucir constantemente cuando se habla de la experiencia de crianza que han tenido en sus vidas. Todas las mujeres que asisten a la Sala son madres, lo cual las sitúa en torno a las reflexiones que tienen dentro del espacio. Con crítica social me refiero a un espacio de desahogo frente a lo que las mujeres consideran injusto o innecesario en relación con aspectos políticos o económicos de la actualidad. Este es solo uno de los ejemplos de las conversaciones que se han generado entre nosotras.

Respecto a esto último, por ejemplo, una de las participantes aprovechó la oportunidad para hablar de las declaraciones machistas de Rodolfo Hernández, a quien Egan Bernal apoyaba. La conversación empezó porque ella está en el club de la bici que ofrece el IDRD en la Manzana del Cuidado, y al ser comparada con Egan, inmediatamente dijo que no le gustaba esa comparación porque él apoyaba a un candidato que pensaba que el lugar de las mujeres era la casa y la cocina. Este tipo de comentarios se repiten una y otra vez al interior de la Sala. Todas las mujeres que asisten son personas mayores, lo que hace que compartan una experiencia de vida similar: la mayoría de ellas, por ejemplo, crecieron con la obligación de participar en las misas y los encuentros religiosos de sus comunidades y municipios. De hecho, la crítica hacia esta etapa católica-cristiana es evidente tanto en la Sala de Lectura del Centro como en

la de Mochuelos. Elvinia, en una de sus intervenciones al respecto, apunta:

Las mujeres igual hemos avanzado mucho, antes ni nos podíamos poner un pantalón, teníamos que andar con faldas largas y tacones, no podíamos entrar a una iglesia si no estábamos tapadas, ahora ni entramos a las iglesias, ja, ja, ja, por eso es que a mí no me gusta la religión, nos ha hecho mucho daño a las mujeres.

La presencia de lo religioso y lo católico en la vida de las mujeres usuarias sale a flote porque muchas veces la mediación de las actividades en la Sala se dirige a la infancia. Alisson nos ha presentado varias veces reflexiones y textos enfocados en esa etapa fundamental de nuestras vidas. Por ejemplo, realizamos varias sesiones enmarcadas en la lectura del texto de Emma Reyes, *Memoria por correspondencia*, que justamente se centra en la descripción detallada de la infancia de la autora. A través de los diferentes padecimientos y carencias que Emma Reyes relata sobre su niñez en los primeros capítulos del libro, muchas de las intervenciones de las mujeres de la Sala apuntaron también a contextos de vida en los que las necesidades económicas y la lucha de sus padres por conseguir el sustento para sus familias era el diario vivir. En el compartir de estas experiencias es que el espacio de la Sala se convierte también en un ejercicio catártico. Aunque Alisson, y en general los mediadores territoriales que hacen extensión bibliotecaria, saben que sus actividades no son necesariamente

espacios de terapia, es imposible no establecer paralelos con momentos de desahogo y liberación de emociones. Al respecto, Alisson describe esta situación muy bien:

Otra cosa muy importante, yo sé que esto no es terapia, pero crear un círculo de mujeres y que sea un lugar seguro para hablar es muy importante; otra cosa que siento que me ha dejado mucho el feminismo es que hablar entre mujeres es político porque pasa mucho que no sé, dicen, «ay, no, es que ustedes vienen acá a echar chisme», y no. Siento que entonces desde esa perspectiva, pues sí, entonces el chisme es político, ¿por qué? Porque si una comparte su experiencia, la otra se ve reflejada en su interior y dice «carajo, yo también viví eso».

Con esta mención del reflejo que hace Alisson quiero introducir una idea que también considero esencial para caracterizar y profundizar en las relaciones que se tejen dentro de estos espacios de lectura. La metáfora del espejo es clave para entender los vínculos cuidadores que se construyen y ponen en marcha en los ejercicios interpretativos de los textos y las actividades dentro de la Sala. Creo firmemente que en estos espacios *nos podemos ver a través* de las otras mujeres. Las historias que se comparten allí resuenan y tocan las propias experiencias que cada una ha tenido en su vida. En el momento en que encontramos resonancias con las historias de otras, nuestra comprensión frente a las diferencias también crece, es decir, no se trata únicamente de lo que nos hace similares, se trata sobre todo de lo que nos hace diferentes. Pero esa diferencia es percibida

desde un lugar empático y de escucha activa. Ese círculo virtuoso genera, de a poco, escenarios más amables y dispuestos para el diálogo entre las personas.

En una de las actividades que realizó la línea de Escuelas LEO⁶ en las Salas de Lectura dentro de las Manzanas del Cuidado, también se trajo a colación esta reflexión. Hay una analogía ilustrada en el libro *Más libros, más libres*, de Claudia Giraldo, en la que se ve a una niña mirarse varias veces en un espejo teniendo resultados siempre diferentes. La analogía se titula «Los libros son como espejos», y nos hace reflexionar sobre la manera en la que nos vemos y nos ven otras a partir de las historias que nos contamos y que contamos a otras. En la primera imagen no aparece ningún reflejo, es decir, podemos argumentar que no hay conciencia sobre lo que nos hace ser cuerpos y mujeres íntegras. No nos vemos. Luego vemos una imagen deformada. Luego una imagen cercana pero no tan precisa. Y luego vemos muchas representaciones diferentes.

El aprendizaje más importante de este ejercicio es la construcción de una historia propia, pero esa historia es necesariamente construida en colectivo. Yo agregaría que no solo los libros son espejos, sino las historias, más allá del medio por el cual se transmitan. He visto cómo las mujeres que participan de la Sala de Lectura van construyendo un

.....

6 Las Escuelas LEO son una línea misional de la Dirección de Lectura y Bibliotecas que se enfocan en procesos de investigación, medición y formación de competencias lectoras que benefician ciudadanías activas a través de la participación en la cultura escrita.

relato donde ellas, por primera vez en mucho tiempo, se sienten protagonistas de los sucesos y las reflexiones que allí acontecen. Es un espacio para verse a través de las palabras individuales y compartidas. Y en ese compartir también habla el silencio, un momento en el que cada una reflexiona sobre cosas que sintió o hizo en su trasegar por la vida. Al final, cada una se lleva un pedacito de la historia de la otra y sé, porque lo he vivido, que ese pedacito se guarda con respeto, amor y comprensión.

De repente, en la Sala de Lectura se comparten medicinas naturales y remedios para toda clase de dolores y afecciones de salud. Elvinia llega con cardo mariano que recoge en sus caminatas por las montañas del Centro y lo reparte a varias de las mujeres que se encuentran allí. Esta planta es conocida por sus beneficios para el hígado y el conducto biliar. Ariela, por su parte, nos da consejos sobre cómo mantener nuestras plantas de interior sanas y coloridas: utiliza conceptos técnicos para explicarnos cuando una planta no se lleva bien con otra y por qué es necesario tener en cuenta esta información para que crezcan felices, como ella misma indica. También se escuchan recetas sobre cómo preparar diferentes alimentos para que no solo queden más sabrosos, sino también para que sean más saludables. Casi toda la información que comparten resulta novedosa para mí; la experiencia que han tenido en el campo —la mayoría de ellas crecieron en contextos rurales dentro de la ciudad— y en el manejo de animales y plantas es evidente en la forma en que comparten sus conocimientos. Esto es el diálogo de saberes, y todas

nutrimos este intercambio con la información que poseemos, ya sea desde nuestra experiencia, nuestras lecturas o la combinación de ambas.

En suma, la Sala de Lectura es siempre animada y transformada por las mujeres que asisten a sus diferentes actividades. En ella confluyen las expectativas de la mediadora y de las usuarias para dar forma a un espacio en donde es posible ser escuchada y escuchar a otras, siempre en la interacción particular de quienes habitan el espacio, de los ánimos con los que llegamos, de las lecturas que se proponen y del diálogo necesario que existe, también, con el mundo que nos rodea. La pregunta sobre el acto de creación es transversal porque siento que expande las alternativas más allá de la presencia exclusiva de los libros y la escritura; el acto de creación responde a diferentes formatos, esferas y momentos de la vida. Así, las Salas de Lectura se vuelven el principio de una serie de condiciones de posibilidad necesarias para el florecimiento de las ideas. En conclusión, este espacio presenta gran potencial para que las mujeres y las personas asistentes se sientan capaces de lanzarse al abismo y, en él, encontrar un lugar para su voz.

A continuación presento las similitudes y características que evocaron mis visitas a la Sala de Lectura de Mochuelos. Ambas salas, como es de esperarse, mantienen un hilo que las conecta irremediablemente.

Sala de Lectura de la Manzana del Cuidado de Mochuelos

Las veredas de Mochuelo Bajo y Mochuelo Alto se encuentran ubicadas en la localidad de Ciudad Bolívar, en Bogotá. Según la ficha técnica de la Secretaría Distrital de la Mujer, utilizada para la gestión de las Manzanas del Cuidado en la ciudad, esta localidad cuenta con un 74 % de territorio rural. Ciudad Bolívar es una de las localidades con uno de los índices de priorización de cuidado más altos de Bogotá, es decir, es una zona que, debido a la combinación de factores de pobreza y demanda de cuidado de sus habitantes, requiere una atención preferente en las estrategias distritales que se emplean en las diferentes localidades. Para aclarar, la localidad de Santa Fe, en la cual se encuentra la Manzana del Cuidado del Centro, por ejemplo, tiene un índice de priorización del 37,5 %, mientras que Ciudad Bolívar tiene un índice de priorización del 83,3 %. Esta diferencia no solo es obvia en el terreno, sino también en las historias de vida de las mujeres que confluyen en las dos salas. Si bien muchas de las vivencias son compartidas entre los dos grupos, hay una presencia mucho más evidente de analfabetismo y precariedad en el grupo de mujeres que asiste a Mochuelos.

Leidy Castiblanco, la mediadora de la Sala de Lectura, me cuenta que la mayoría de las mujeres que asisten a sus actividades vivieron su infancia en lugares aledaños a Bogotá, pero tuvieron que escapar porque muchas veces fueron víctimas de violencia, abuso o abandono. En las

diferentes actividades a las que asistí en Mochuelos, fue inevitable darse cuenta en sus historias de una dificultad manifiesta para estudiar o dedicarse a otros oficios que no fueran cocinar, hacerse cargo de sus hermanos menores o responder desde muy niñas por las labores domésticas. Muchas de ellas relatan historias de familias campesinas muy numerosas, en las que el estudio y el acceso a la información eran lo último en la lista de prioridades. Esto último hace que su sentido de pertenencia frente a la Manzana del Cuidado, particularmente hacia la Sala de Lectura, sea palpable. Leidy también me dice que desde que abrieron la Manzana del Cuidado, en septiembre de 2022, cuenta prácticamente con el mismo grupo de quince mujeres mayores que la acompañan desde el primer día:

Nosotras tenemos un grupo ya consolidado de quince mujeres mayores, ellas están conmigo desde el inicio de la Sala. Yo creo que desde la segunda semana que yo estuve acá, ellas empezaron a asistir. Yo les ofrecí servicios de lectura y de pintura principalmente; ellas aman todo lo manual, aman que les dediquemos tiempo, vienen más por el amor que les ofrecemos aquí en la Manzana y en la Sala, y se sienten como acogidas en estos espacios. Me han mencionado mucho que les gusta estar acá porque sienten que pueden hacer las cosas bien, que se sienten muy cómodas, porque todo lo que hacen se les resalta mucho.

Cuando les pregunté a las mujeres de la Sala cómo se sentían haciendo parte de ese espacio, todas me respondieron

que se sentían «dichosas» de poder aprender y reunirse a conversar y participar de las diferentes actividades. Tanto en la Sala de Lectura del Centro como en la de Mochuelos, es claro que este sentido de pertenencia combina la confianza que han construido entre ellas, el cariño y la atención que sienten por parte de las mediadoras y, en especial, el agradecimiento que tienen por la presencia de estos espacios en donde las actividades son gratuitas. Mochuelos es un ejemplo paradigmático del impacto positivo del gasto público del que hablaba al principio de este documento. A diferencia del Centro, en Mochuelos no hay una biblioteca o un centro cultural cerca que supla las necesidades de la población en términos de acceso a derechos educativos y culturales. Este sentido de pertenencia tan ávido que tienen las mujeres allí puede explicarse justamente por la ausencia de este tipo de espacios que había en sus vidas. La existencia de estos espacios, que se traduce material y simbólicamente en una presencia estatal, llega a ser realmente significativa en contextos con tantas carencias como este. La vida de las personas sí cambia y cambia positivamente.

Aunque Leidy afirma que cada vez hay más presencia de articulaciones distritales en la localidad, sigue siendo una zona con unos niveles de pobreza y vulnerabilidad muy altos. Además, el desplazamiento hacia lugares más céntricos de la ciudad es dificultoso y demorado. En este contexto, los servicios de la Manzana del Cuidado y las actividades que se desarrollan en la Sala de Lectura suplen, en gran parte, las necesidades de formación, capacitación y respiro

que necesitan las mujeres. Como dije antes, la existencia de estos espacios no soluciona los problemas materiales y económicos que atraviesan las mujeres en su cotidianidad, pero sí generan un ambiente propicio para construir tejido social y comunidad. Como dice Leidy, las mujeres mantienen su participación en el tiempo por el amor y la atención que se les ofrece: estos dos ingredientes son esenciales para que las mujeres sientan que su presencia es valorada y cuidada en el espacio.

Cuando hablaba de los aspectos necesarios para el acto de creación que Woolf nos planteaba en su texto, también debería agregar la atención y el amor al tiempo y la libertad económica. Esa atención fue evidente, por ejemplo, en las actividades que se realizaron en el marco del cumpleaños de la Manzana del Cuidado de Mochuelos. Tuve la oportunidad de asistir al evento y me impactó la entrega de una suerte de diplomas o reconocimientos por parte de la mediadora a varias de las participantes, por sus aportes y presencia continua en los espacios y las actividades dentro de la Sala de Lectura. Ese diploma, con su nombre escrito y con una dedicatoria hecha específicamente para ellas, tiene una fuerza simbólica muy especial: la expresión de felicidad en sus rostros mostraba un agradecimiento profundo, difícil de describir con palabras.

Al igual que Alisson en la Sala de Lectura del Centro, Leidy también reconoce su lugar de mediación desde la apertura de las enseñanzas de las usuarias hacia ella, y no necesariamente al contrario:

Este espacio me ha aportado muchísimo, me he aferrado mucho acá por todo lo que ellas me enseñan. Yo veo mi rol de mediadora no como soy yo la que les enseña a ellas, sino son ellas las que me enseñan a mí; no solamente ellas las mujeres, sino también los niños son los que me enseñan a mí. Siento que desde la mediación se pueden lograr muchísimas cosas, se pueden lograr demasiadas cosas y cambiar la vida. Bueno, no tanto cambiar la vida, pero sí aportar mucho a la vida de cada uno de ellos.

Es muy importante mencionar que este aprendizaje mutuo surge desde un lugar de palabras comunes, es decir, de historias relatadas desde la realidad de la vida de cada una de las asistentes al espacio. De hecho, Leidy, al igual que Alisson, adapta o modifica la ficha técnica de cuidado de acuerdo con su interpretación del espacio. Ella me cuenta que identificó muy rápidamente que hablar de estereotipos de género era más eficaz si se partía directamente de la experiencia propia. Esta visión de la mediación también se conecta con lo que mencionaba Alisson sobre «aterrizar» la teoría feminista. En ambos casos resultó más práctico implementar una metodología de corte inductivo, en la que las mismas usuarias sean quienes se acerquen a conclusiones más grandes luego de interrogar su propia experiencia sobre su lugar como mujeres en el mundo.

En este punto cabe preguntarse por las formas en la que se presenta la transformación dentro de esta articulación entre BibloRed y el Sidicu. Debemos recordar que los ciclos de lectura se definen formalmente como «ciclos de lectura

en voz alta que cuestionan los roles de género asociados a los trabajos de cuidado y lectura de textos escritos por mujeres». Como he mencionado a lo largo del documento, las mediadoras y los mediadores territoriales hacen uso de las categorías que se encuentran en la ficha técnica de su extensión bibliotecaria, pero las adaptan y flexibilizan de acuerdo con las personas usuarias que se acerquen a sus espacios. El cuestionamiento de estos roles es también la búsqueda, en el fondo, de la transformación social. El programa BiblioRed se encuentra dentro de la categoría de Transformación Cultural en el Sidicu, lo que supone justamente una vinculación explícita con este objetivo. En la entrevista que le hice a Leidy, le pregunté sobre este tema, y me respondió lo siguiente:

Sí, se cuestionan muchísimo, se cuestionan todo lo que ellas tuvieron que vivir, inclusive me dicen como «no queremos que nuestras hijas tengan que vivir eso que vivimos nosotras». Entonces, ya como que ven esa equidad de género y que las mujeres tenemos las mismas capacidades de los hombres, incluso más capacidades que los hombres, y que no tienen por qué seguir por ese mismo camino, o sea, todo lo que ellas vivieron en su infancia y demás no se tiene porque replicar, y ya hay un pasito más.

Este «pasito más» que describe Leidy es, en mi opinión, un gran avance. El cuestionamiento sobre sus vivencias en la infancia y adolescencia respecto al cuidado de otros y la carencia casi total del autocuidado es una temática que se repite con frecuencia en ambas Salas de Lectura. Desde mi punto

de vista, esta transformación también se genera en doble vía, es decir, aunque mujeres jóvenes como Alisson, Leidy o yo quizás estemos más actualizadas en temas de feminismos o género, la transformación también se da en la valoración del privilegio con el cual contamos. En mi experiencia personal, ha sido absolutamente iluminador escuchar la dureza de muchas de las historias de estas usuarias mayores para entender —no desde la racionalidad del privilegio sino desde la comparación empírica— las diferencias enormes que existen entre su generación y la mía. Recuerdo que, en una de las sesiones de arteterapia que realizó la Escuela de Lectores en la Sala de Lectura, las usuarias hacían comentarios sobre lo que hubiera implicado haber perdido colores o materiales de este tipo en su infancia: «Nosotras no teníamos nada de esto cuando éramos niñas [haciendo referencia a las pinturas y los marcadores]. De haberlos tenido y si los hubiéramos perdido, nos hubieran dado rejo por no encontrar un color».

La pregunta por la transformación es necesariamente una reflexión que necesita tiempo y diagnósticos rigurosos. Recordemos que las actividades de articulación que tiene la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte (SCRD) con el Sidicu, entre ellas BibloRed, buscan disminuir la percepción de que las mujeres son mejores para las labores de cuidado que los hombres —percepción que comparten tanto las unas como los otros—. La participación de estos últimos resulta clave para entender de qué manera los ciclos de lectura al interior de las Salas pueden propender por pequeñas o medianas transformaciones. En ambas Salas de Lectura, la

participación de los hombres es mínima, pero esto no solo sucede en temas relacionados con lectura, sino en general con cualquier actividad que proponga el Sidicu dentro de las diferentes articulaciones distritales. Tanto Alisson como Leidy identifican esta ausencia o vacío como un tema que debe trabajarse mucho más al interior del Sistema. Al preguntarle a Alisson sobre su percepción frente al Sidicu y el componente de transformación, me respondió lo siguiente:

Yo siento que vamos por buen camino, la verdad me pone muy feliz también ser parte de esto, siento que nos toca pensarnos un poco más como hablamos de esto con los jóvenes, más los hombres, porque al fin y al cabo son los que van a sentar las bases ahorita de la nueva sociedad, y que, pues, por un lado hay sectores donde sí, la conversación sobre género es muy abierta, pero, por otro lado, donde eso es muy violento, «no me hables de eso», «con los niños no». Entonces sí siento que hay que hacer como puentes con las nuevas generaciones, como que estamos quedándonos muy bien la adultez y en la tercera edad y estamos dejando a los jóvenes ahí.

En conclusión, la labor transformativa de los espacios y las actividades al interior de la Sala de Lectura, y en general de la propuesta distrital del Sidicu, debe guiarse también a grupos poblacionales que ahora mismo no se perciben conectados o al tanto de lo que se espera en términos de la redistribución y el reconocimiento de las labores de cuidado no remunerado y la transformación de estereotipos de

género. Sin embargo, la participación de mujeres de distintas edades y con vínculos diversos y complejos en relación con el cuidado sí es evidente en las instalaciones, los equipamientos y las actividades que tienen las diferentes Manzanas del Cuidado en la ciudad. Las Salas de Lectura de BibloRed son espacios que cuentan historias desde el orgullo y el compromiso que se siente al exponer en sus paredes los trabajos manuales y las creaciones de numerosas mujeres que se han dado la oportunidad de participar y darle un espacio a su ocio, aprendizaje y disfrute.

En el apartado que sigue presento una interpretación conjunta de las barreras y oportunidades en el acercamiento o vinculación de las mujeres asistentes de ambas salas —y también de otras personas usuarias de la extensión bibliotecaria que hacen las y los mediadores territoriales— en relación con las prácticas de lectura y escritura.

MONSTRUOS EN EL ENCUENTRO CON LAS PRÁCTICAS DE LECTURA Y ESCRITURA

El monstruo es una barrera, es un obstáculo que viene de la confluencia de múltiples factores que se entrecruzan en la trayectoria lectora de una persona. En este punto me valgo de la inspiración de una de las sesiones que guio las Escuelas LEO en ambas Salas de Lectura para explorar algunos de estos factores. Así como el espejo es una metáfora potente para entender de qué manera estamos conectadas las unas con las otras, la figura del monstruo también nos puede ayudar a identificar barreras para el acercamiento a la cultura escrita en las historias de las mujeres usuarias.

Al igual que en la Sala de Lectura de la Manzana del Cuidado del Centro, en la de Mochuelos también fueron reiterativas las expresiones «no puedo» o «no lo hago bien». A lo largo del texto he profundizado en este aspecto; sin embargo, en el caso de Mochuelos fue impactante ver el resultado de las sesiones de dibujo y creación después de que dijeran que no podían o no lo hacían bien. Al final de las sesiones, las

mujeres asistentes presentaron imágenes y composiciones realmente bellas y trabajadas; la cercanía con el ambiente rural era evidente en la construcción que hicieron de sus animales y sus plantas.

Cada historia presenta un universo particular, pero, como he mostrado a lo largo de este texto, existen varias confluencias en términos de procedencia, de clase y, por supuesto, generacional, en la caracterización que he hecho de las mujeres asistentes a las Salas de Lectura. Para empezar, es fundamental rescatar la figura del padre y de la madre en el contacto inicial con el mundo de los libros y las historias. Aunque algunas de las usuarias de la Sala de Lectura del Centro tuvieron figuras que las alentaron a involucrarse en la educación y las letras, la gran mayoría de las mujeres que he conocido y que asisten a las actividades mencionaron en reiteradas ocasiones que no existía interés alguno en que ellas, en su rol de mujeres, campesinas e hijas, asistieran al colegio o «gastaran» tiempo en actividades que no se consideraban propias para su sexo.

Esta ausencia de iniciativa frente al lugar del estudio se conecta con la procedencia rural de muchas de las usuarias de ambas salas, es decir, se evidencia en sus relatos que las labores del campo y la necesidad implacable de conseguir alimento, para familias en su mayoría muy numerosas, constituía una necesidad de primer orden. En el caso de la Sala de Lectura de Mochuelos, varias de las mujeres asistentes no saben leer ni escribir; en sus historias es evidente la perspectiva masculina del padre sobre

el deber ser de sus hijas. La afirmación de que las mujeres no necesitan estudio porque se van a dedicar a criar impactó profundamente su trayectoria lectora. En estos casos, el analfabetismo hace más evidente la búsqueda de formatos distintos al texto impreso para atraer y estimular una vinculación con la lectura y la escritura. Aunque la carencia es uno de los grandes protagonistas en estos contextos, la ruralidad es también una fuente de enorme inspiración, por lo que es evidente la relación que construyeron con el cuidado de las plantas, de los animales y de otras personas gracias a la experiencia que tuvieron cuando eran niñas y adolescentes.

Por su parte, el componente religioso sale a flote para dar cuenta de una comparación entre lo que pasaba en aquella época —cuando eran niñas— y lo que pasa ahora en cuanto al acceso a la información, al estudio y a las bibliotecas por parte de las mujeres. En este sentido, los rituales y las restricciones de las creencias religiosas son percibidas por parte de las usuarias como uno de los obstáculos para el acercamiento a las prácticas de lectura y escritura. Es importante hacer la salvedad de que no menciono aquí la religión como un todo o como la creencia individual y subjetiva de un Dios o una presencia espiritual, sino a prácticas específicas que las alejaron en su infancia y niñez de la autodeterminación y del lugar de su voz. Con esto último me refiero a una confirmación muy presente del mandato del silencio: no se puede decir, no se puede opinar, lo único que se puede hacer es obedecer. «Nos tocaba ir a la iglesia tapadas de los pies a la cabeza», «no podíamos

decir ni mu» son algunas de las frases que encuentro descritas en el diario de campo que llevo de aquellas sesiones.

Recuerdo la mención de muchas de las mujeres sobre esta idea tan generalizada de que la letra con sangre entra. En este caso es paradójico porque la letra no estaba, no se vislumbraba, pero el temor y la vergüenza sí. Las que tuvieron contacto con el estudio llegaron, en su gran mayoría, a terminar solo la primaria. Sin embargo, esta experiencia también fue asociada a los golpes, a la autoridad y, en muchos casos, al sufrimiento. «Me crie prácticamente sola» y «nunca pasé por la escuela» son algunas de las afirmaciones que están escritas en el reverso de sus dibujos, ya que fue nuestra labor identificar cómo se veían estos monstruos en su realidad cotidiana. El trabajo infantil, sumado a la presencia generalizada del deber religioso, las ubicó en una posición de subordinación desde muy pequeñas.

He dicho que lo rural ha sido también una fuente de inspiración para ellas, y no quisiera que su contexto de crecimiento se viera marcado solo por estas carencias que he descrito. De hecho, las mujeres resaltan en todas las actividades que evocan momentos de su infancia, una sensación de felicidad y agradecimiento al recordar esta época. Las dos dimensiones conviven: la dificultad de aproximarse al mundo de los libros y el estudio más formal, pero también los saberes que devienen de la interacción empírica con el mundo natural. Me parece que esta distinción es elemental para entender los aportes que las mujeres entregan en cada actividad a la que asisten. Como mencioné anteriormente, el diálogo sobre recetas, remedios, curaciones y, en

general, sobre la manera más sabia y sensata de transitar la vida, resultan también en una entrega de conocimientos invaluable dentro de los espacios de mediación.

Las dificultades de acceso a los entornos formales de educación también se encuentran atravesadas por una realidad material que hoy en día se mantiene en los territorios rurales de la ciudad, y es la carencia o inexistencia de espacios y equipamientos como bibliotecas o casas culturales en dichas zonas. En muchos de los casos, las mujeres no reconocían un espacio de este estilo en sus veredas o comunidades. Esta situación, sumada al estereotipo de que las niñas no tenían por qué estudiar si se iban a dedicar a las labores del hogar, imposibilitó una cercanía con las prácticas de lectura y escritura en su trayectoria lectora.

La falta de dinero y tiempo también fueron factores que se convirtieron en obstáculos para el acercamiento de las mujeres a la cultura escrita. En ambas Salas de Lectura, la mención del cuidado es central para entender su relación con el uso y la escasez de estos preciados tesoros. La categoría de tiempo es el corazón de los análisis de la economía feminista y de las bases conceptuales que dieron fundamento a la construcción del Sidicu. Es bien sabido que las mujeres no contamos con el tiempo necesario para volcar nuestras actividades diarias hacia el ocio, el aprendizaje y el disfrute del tiempo libre. De hecho, uno de los principales objetivos del Sidicu es reducir las cargas de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado. Lo menciono porque la investigación empírica permite justamente

darle contenido y forma a estas afirmaciones que pueden parecer, en un principio, abstractas.

Retomando el lugar de la escuela y los imaginarios sobre la lectura, vale la pena mencionar una reflexión que Michael Nieto, uno de los mediadores territoriales, hizo sobre la metodología que implementó en su Manzana del Cuidado. Al respecto, él anota:

Algunas reflexiones que surgieron de la experiencia se relacionan con que el primer espacio que las y los participantes reconocen como un lugar en el que se propicia la lectura es la escuela, pero, a su vez, esta se concibió como un espacio ajeno y de difícil acceso. Así, se menciona que «a mi papá le importaba un comino y decía que no debíamos estudiar» o «la profesora dijo tienen que venir con el uniforme o si no, no vienen a estudiar, y como no había plata no volví a estudiar». También, «me iba pa'l monte, y si iba al colegio veía que la gente no era libre, eran como presos y me ponía hasta a llorar».

Se encontró que, en términos generales, quienes no tuvieron la posibilidad o interés de asistir a la escuela aprendieron la lectura por cuestiones propias y de la mano de algún familiar o conocido cercano. De esta manera, se escucharon comentarios como «al menos aprendí a firmar con mi hermana», «aprendí a leer y eso me sirve hoy día para leer la Biblia y saber más de Dios» o «dije tengo que aprenderme todas esas canciones, y así fue de verdad, yo fui y le puse cantaleta

a mis papás y me mandaron cinco años a la escuela, y yo aprendí todas las canciones de ese cancionero».

También se identificó que los primeros intereses que llevaron a las personas a acercarse a la lectura fueron la música, informarse sobre noticias de actualidad y poder acercarse a la interpretación de la religión.

En este pequeño apartado es evidente tanto el desdén hacia la educación en los contextos iniciales de crianza como los imaginarios y las huellas que dejan las primeras impresiones sobre la lectura y la escritura en las escuelas. También se ve un tema clave, tanto en las Salas de Lectura como en las actividades que las mediadoras y los mediadores territoriales desarrollaron en sus espacios: muchas de las personas, así no hubiesen tenido un apoyo explícito para acercarse a estas prácticas en un inicio, buscaron por sus propios medios cómo vincularse. En las citas que menciona el mediador, son evidentes las dificultades materiales para acceder a la educación —no tener dinero, básicamente—, pero también la voluntad de quienes se acercan a los espacios de lectura dentro de las Manzanas y la extensión bibliotecaria para seguir (auto)alentando el deseo de aprender y de leer con otros y otras.

Asimismo, es evidente la relación de utilidad que las personas le transfieren a las prácticas de lectura y escritura. La apropiación ha sido un referente central para acercar los contenidos y objetivos de La LEO de manera cercana y comprensible. Para llevar a cabo esta tarea, es fundamental reconocer que muchas de las personas no leen

necesariamente para afinar su concepción sobre el mundo o para acercarse a la historia griega o para tener posturas críticas frente a la política internacional; las personas leen también para atravesar la burocracia, para poder firmar un documento, para poder escribir un derecho de petición o para entender una canción que las hace sentirse bien. Hacer propio algo es vincularlo a la vida y a la cotidianidad y así, de a poco, esperar que cobre sentido y relevancia en el día a día. Estas reflexiones nos llevan de nuevo a aterrizar la lectura y la escritura buscando una lengua común que sea, en la medida de lo posible, accesible para todas y todos.

Otro de los ejercicios metodológicos que realizó el grupo de mediación territorial durante el proyecto de interés arroja unas conclusiones importantes para entender los obstáculos asociados a la vinculación con las prácticas de lectura y escritura. A continuación presento la sistematización del espacio de mediación que realizaron la mediadora Milena Fonseca y el mediador David García en su extensión bibliotecaria en Usme, una de las localidades con más porcentaje rural de Bogotá:

Acceder a la lectura ha sido un desafío para algunas personas debido a diversas dificultades:

1. En áreas rurales, el acceso a bibliotecas y colegios es un privilegio. Las zonas rurales a menudo carecen de escuelas, bibliotecas y otros recursos educativos, lo que dificulta que los residentes tengan acceso a libros y materiales de lectura.

2. La falta de interés: experiencias pasadas de lecturas aburridas o difíciles generaron una percepción negativa de la lectura y una sensación de imposición a nivel educativo. «Perciben la lectura como una tarea obligatoria y no como una actividad placentera».
3. Las responsabilidades en el hogar dejan poco tiempo para estudiar y leer, ya que gran parte de su tiempo libre lo destinan a cuidar de su familia y el hogar y, después de un día agotador, prefieren realizar otro tipo de actividades.
4. La falta de un entorno educativo adecuado puede dificultar el aprendizaje, ya que no hay acceso a una variedad de libros, limitando las opciones disponibles para los estudiantes. Adicionalmente, la falta de espacios que fomenten el amor por la lectura, en las instituciones educativas distritales, lleva a que los estudiantes no encuentren la lectura como algo gratificante, lo que reduce su motivación para leer.
5. Las dificultades económicas: los barrios de la zona alta de Usme no cuentan con bibliotecas cercanas, lo que implica costos adicionales de transporte, pues la ubicación de las bibliotecas influye en el acceso.

Más allá de la mención puntual de disponibilidad —de no tener cerca una biblioteca—, me interesa rescatar aquí la noción de acceso. Como mencioné al inicio de este documento, para que haya acceso deben establecerse unas relaciones afectivas y emocionales con las prácticas de lectura y escritura, es decir, no basta con que existan libros en una

estantería, sino que esos libros evoquen una cercanía y un interés en quien los lee. Cuando los mediadores hablan de «espacios que fomenten el amor a la lectura», ponen sobre la mesa un tema muy difícil pero también muy necesario: el quehacer de la mediación y de la promoción de lectura ha sido ampliamente discutido al interior de BibloRed y de los espacios de lectura, pero el interrogante sobre cómo hacerlo mejor sigue vigente. En este punto, la relación entre lectura y cuidado parece vislumbrarse. La oportunidad parece estar, también, allí.

En una de las sesiones en la Sala de Lectura del Centro, Alisson guio una reflexión en torno a un capítulo del libro *Todo sobre el amor*, de bell hooks. El propósito del ejercicio era cuestionar el ideal de familia tradicional que solemos ver retratado en las producciones audiovisuales y en la propaganda común. La pregunta giraba alrededor de la posibilidad de pensar el cuidado más allá de los lazos de sangre. En la lectura en voz alta, de la cual todas participamos, lo que llamó más nuestra atención fue la idea de comunidad. bell hooks (2021, p. 106) afirma que

[...] en todas partes del mundo, para asegurar la supervivencia de la especie humana, hombres y mujeres se organizan en forma de comunidad. Son las comunidades las que permiten que la vida continúe, en las familias nucleares o la «pareja», por no hablar del rígido individualismo.

Para hooks, la comunidad se sostiene necesariamente mediante la comunicación. En este sentido, también afirma:

«hablar es una forma de hacer comunidad» (2021, p.108). Esta premisa me lleva necesariamente al libro *El ideal de una comunidad de lectores*, en el que Diana Guzmán, en la presentación, expresa lo siguiente: «[...] la lectura comienza por los oídos, por la acción sencilla y vital de escuchar otras voces, a manera de una suerte de polifonía. Cada voz tiene algo que decir y ese decir es lo que configura, en principio, una comunidad» (p.10). Como puede verse, la escucha y el diálogo son esenciales para la configuración de un grupo basado en el cuidado y en el amor. Este último concepto parece muy grande y difícil de abarcar, pero, como argumenta hooks, debemos hacer el esfuerzo de desmarcarlo de las relaciones vinculares románticas y llevarlo a un lugar donde pueda florecer mejor. En los espacios de mediación en los cuales he participado, es posible vislumbrar ese florecimiento.

Cuando nos encontrábamos leyendo en voz alta los apartados del libro, nos detuvimos sobre una reflexión específica:

Esta comunidad [la sociedad de Alcohólicos Anónimos] ofrece a los participantes un buen ejemplo de la aceptación, la preocupación, la conciencia y la responsabilidad que conlleva el amor. Es muy raro, si no imposible, que alguien se cure en estado de aislamiento. La curación es un acto comunitario. (p. 164)

Todas las mujeres que nos encontrábamos en aquella mesa asentimos al unísono. La palabra es el cuidado y el cuidado es el amor. En este sentido, cuando hablamos de espacios que fomenten el amor hacia la lectura, es indispensable preguntarnos reflexivamente por el afecto. Este puede tomar

forma de amor, de escucha, de conexión, de empatía o de atención, pero siempre debería estar allí. El amor también se relaciona con el disfrute, con el goce y con el placer, conceptos que pueden verse en la siguiente sistematización, producto de los ejercicios metodológicos que implementaron las mediadoras Liliana Fonseca y Luisa Sabogal en su extensión dentro de las Manzanas del Cuidado:

Inculcar el gusto por la lectura es esencial para que se convierta en una práctica placentera a lo largo de la vida, ya que, si se impone y se obliga, genera una barrera en el disfrute de esta, tal como sucedió con la señora Amparo, que, al ser obligada y castigada desde pequeña frente al estudio, tiene un disgusto con las prácticas de la lectura y comenta: «No fui buena para el estudio. Estudié lo básico, nomás la primaria, hice hasta Quinto de primaria, pero no, no fui buena para el estudio ni la lectura y no me gusta». O desde la posición de la señora Nora, que solo pudo acceder hasta Tercero de primaria, ya que los padres decidieron no dar continuidad con los estudios. Ella aporta una perspectiva sobre las barreras que ha enfrentado en su relación con la lectura y la escritura y dice: «Leer es muy importante y escribir, yo no sé escribir y medio leer un poquitico. Pero yo no sé escribir». Y comenta la barrera principal que presentó al momento de aprender a leer y escribir, comparte: «Lo que se me dificulta es para escribir, porque pues yo le ponía mucha atención a la profesora. Poco tengo estudio porque mis papás no me dieron más estudio,

pero ahorita lo que medio sé, pero un trisito es porque yo misma busqué. Yo estuve allí en el colegio de Molinos Marruecos y duré muy poquito y me salí porque me dio covid, me tocó salirme». El relato de Nora resalta la lucha por una educación y la superación personal. Este relato destaca la importancia de crear oportunidades educativas accesibles para todos, independientemente de las circunstancias. La historia de Nora muestra la idea de que, a pesar de las dificultades, el deseo de aprender puede sobresalir.

El escrito de las mediadoras resume en gran parte lo que he venido describiendo en este apartado de barreras y oportunidades. Como es evidente en las experiencias que utilizaron para hacer el análisis, la historia parece repetirse: falta de interés en la educación por parte de figuras de autoridad, experiencias traumáticas asociadas a la escuela, autopercepciones negativas y limitantes frente a la posibilidad de acceder a ese conocimiento, pero, sobre todo, falta de condiciones de posibilidad que generen alternativas ligadas a la cercanía y el provecho del conocimiento en espacios formales de cultura y educación. Superar estas barreras supone un esfuerzo mancomunado entre instituciones, entidades, procesos comunitarios, voluntades políticas y un sinfín de factores que resultan necesarios para abrir los caminos. Sin embargo, esos grandes procesos deberían siempre estar alineados con el goce, placer y afecto como elementos esenciales para que los esfuerzos institucionales se materialicen en la vida de las personas y en su cotidianidad.

...las mujeres, en efecto, deberíamos preguntarnos qué somos y qué nos interesa más allá de los roles que se nos han impuesto; ahora, el punto también es entender que no estamos necesariamente solas, en el sentido estricto de la palabra, sino que contamos con la ayuda de otras mujeres que también se están cuestionando su lugar en el mundo.

¿QUIÉNES SOMOS CUANDO ESTAMOS SOLAS?

Todos fuimos hechos para volar, para darnos cuenta de nuestro increíble potencial como seres humanos. Pero en lugar de hacer eso, nos posamos en nuestras ramas, aferrados a las cosas que nos resultan familiares. Las posibilidades son infinitas pero, para la mayoría de nosotros, permanecen sin ser descubiertas. Nos conformamos con lo cómodo, lo banal, lo familiar. De modo que para la mayoría nuestras vidas son mediocres en lugar de ser excitantes, emocionantes y plenas. (Isha, 2009, p.5)

Esta es la introducción de un texto que Valentina Ocampo, una de las mediadoras territoriales, rescata en el análisis que realizó sobre sus encuentros con las mujeres usuarias de la Manzana del Cuidado de Bosa Porvenir, ya que una de ellas lo utilizó como inspiración para entender el cambio que ha existido en su vida desde que asiste a las actividades de mediación de lectura en el espacio. Ya he mencionado con suficiencia la idea de condición de posibilidad, pero para este apartado es también relevante. En este caso, y quizás a diferencia de la autora del libro, no pienso necesariamente que la mediocridad sea una manera de describir o adjetivar la vida de alguien que no ha tenido la oportunidad de

que su vida sea excitante. Sin embargo, sí considero que la superación del conformismo es una realidad que puede debatirse con la experiencia de las mujeres que asisten no solo a las Salas de Lectura, sino a los distintos procesos de formación al interior de las Manzanas del Cuidado. Me refiero específicamente a la capacidad que han tenido para salir de su zona de comodidad. Esto último se encuentra relacionado con la superación del «yo no puedo» o «no soy buena» pero va más allá.

Valentina, al igual que yo, notó que esta zona de comodidad o confort limita la exploración de otras habilidades y destrezas, pero, sobre todo, hace más difícil que las mujeres se visualicen e imaginen en otros roles y en otras responsabilidades más allá de la esfera privada. «¿Quiénes somos cuando estamos solas?» es una pregunta fundamental, y considero que ahí se encuentra una de las transformaciones más evidentes en la vida de las mujeres que asisten a las actividades de mediación, pero en general a los equipamientos y las actividades del Sidicu. La mediadora anota en su análisis:

[...] a través de estos [dos libros] nos fue posible hablar en relación a quiénes somos cuando estamos solas, y lo que ello implica con ser mujeres más allá de ser madres, esposas, hijas, entre otras, lo que realmente implica ser mujer y cómo ello se relaciona con muchas cosas más allá del hogar y tiene que ver con escribir, leer, soñar, escuchar música a todo volumen, cocinar lo que se quiere y demás.

Uno de los aspectos que me resultan más interesantes es la transferencia de las reflexiones y preguntas que tienen las mujeres en las actividades de mediación en su vida fuera de las Manzanas del Cuidado. En la literatura secundaria que explora los círculos de palabra y lectura en mujeres (Puente y Gómez, 2022), una de las cuestiones más interesantes es la toma de conciencia y de voz propia que experimentan muchas de las asistentes. Esto se traduce, de forma práctica, en mujeres que empiezan a cuestionar su lugar dentro de las relaciones familiares y vinculares que mantienen. Frente a este punto, debemos ser cautas. Como he indicado a lo largo del documento, las historias de las mujeres son diversas, aunque compartan distintas características. En algunas de las conversaciones que he mantenido con Alisson a lo largo de estos meses, hemos discutido sobre una cuestión central: ¿cómo acompañar a las mujeres luego de esta «toma de conciencia»? Esta no es una pregunta menor, y es clave entender los costos diferenciales que tiene para aquellas que dependen económicamente de un hombre, no tienen opciones laborales o no cuentan con redes de apoyo cercanas. En términos generales, es más fácil —guardando las proporciones— para una mujer con educación y medios económicos decir «no más». Esto tampoco implica que las mujeres que no tienen el capital social o material deban continuar en una posición de subordinación, pero sí debemos hacer un esfuerzo por entender que las consecuencias no serán las mismas.

Sin embargo, frente a esta reflexión por el acompañamiento resulta fundamental entender el doble sentido de la

pregunta: las mujeres, en efecto, deberíamos preguntarnos qué somos y qué nos interesa más allá de los roles que se nos han impuesto; ahora, el punto también es entender que no estamos necesariamente solas, en el sentido estricto de la palabra, sino que contamos con la ayuda de otras mujeres que también se están cuestionando su lugar en el mundo. «¿Quiénes somos cuando estamos solas?» debería ser un horizonte de sentido, entendido este como la posibilidad de construirnos libremente, pero en compañía de otras que nos puedan apoyar.

Para poner un ejemplo de las consecuencias diferenciadas de la participación de las mujeres en estos ciclos de lectura, encuentro muy diciente el caso que traen las mediadoras Milena y Luisa sobre Alcira, una usuaria de sus actividades en la Manzana del Cuidado de Tunjuelito:

La señora Alcira compartió su experiencia revelando una barrera doméstica significativa: «Mi esposo no me deja salir, casi tengo que estar todo el tiempo en mi casa haciendo los quehaceres porque, según él, ese es mi trabajo. Donde él llegue y no me encuentre en la casa, se pone muy bravo y me empieza a gritar». Su testimonio destaca el desafío de encontrar tiempo para la lectura debido a las restricciones impuestas por su esposo. Esta situación muestra cómo las dinámicas familiares y de género pueden convertirse en barreras para el acceso a la lectura o cualquier actividad externa.

Para el esposo de Alcira es un problema que ella haga parte de un grupo en donde se charla, se lee y se aprende colectivamente. En otras palabras, es un problema que ella cuente con tiempo libre para su ocio y disfrute. Es evidente cómo la violencia contra las mujeres sigue coaccionando y limitando su participación en la vida social y cultural de la ciudad, lo que, desafortunadamente, se repite más de lo que quisiéramos. Mireya también comparte conmigo en nuestra entrevista una situación similar:

Mireya: Leer me ha hecho madurar más, me siento más segura, he aprendido a poner más límites, hasta con mi hijo ya no soy la misma como tan sumisa, porque nosotras tendemos a hacer eso, no, ya hoy en día no.

Laura: ¿Y con tu marido?

Mireya: También. A él no le gusta porque veo que al hombre no le gusta que la mujer se prepare, claro, y también he leído porque eso se corta el control que quieren mantener sobre uno, entonces eso no le gusta. Yo hago mi vida porque ya no me interesa, creo que a esta edad uno va pensando es en dedicarse tiempo a uno, y eso me ha ayudado el leer porque ya he entrado más en conciencia de que yo soy dueña de mi vida, y mis decisiones es el resultado de mi vida, no es otro, ni otra persona, nadie más, y eso me lo ha dado la lectura porque me he empoderado más como persona, como mujer, eso la verdad a mí me ha ayudado bastante, yo busco bastante, yo no me quedo quieta, yo pregunto.

He mantenido conversaciones muy estimulantes, tanto con las usuarias como con las mediadoras, sobre el lugar que ocupa actualmente la mujer en la sociedad, y aunque no es posible encontrar una respuesta unívoca que además dé cuenta de las dimensiones tan complejas que ocupamos, sí encuentro un lugar constante de interlocución y aprendizaje intergeneracional basado en la experiencia. La comparación es un escenario ejemplificante, y entender cómo la comunicación entre hombres y mujeres puede haber cambiado de una generación a otra es fundamental, tanto para las mujeres mayores que asisten al espacio como para nosotras las mujeres jóvenes.

Todas las mujeres que he tenido la oportunidad de escuchar han afirmado que su vinculación a las actividades de las Manzanas del Cuidado, y, en este caso en particular, a las Salas de Lectura y a las actividades de mediación, ha traído numerosos beneficios para sus vidas. Incluso, algunas hablan con propiedad sobre un cambio de 180 grados: su vida tiene un antes y un después de ese encuentro. Sobre este aspecto quisiera presentar los resultados de una actividad que realizó la mediadora María Camila Orjuela con las mujeres que asisten a las jornadas de formación y validación de bachillerato en la Manzana del Cuidado de Bosa Porvenir.

Las mujeres hablan de su vida antes como un sinfín de responsabilidades y agotamiento emocional y físico, haciendo referencia a quehaceres del hogar y responsabilidades familiares, pero ahora llevan todo de una forma más tranquila y encuentran tiempo para todo o la mayoría de cosas en sus vidas. Con los

ejercicios que se llevaron a cabo, vi en las personas que se expresaron por medio de palabras felicidad con estos espacios de educación; pienso que una buena parte de estas personas accede a estos programas, no por el hecho de estudiar sino de sentir la compañía y sentir que su voz es valorada, todos queremos ser escuchados y cuando se les da un espacio para pensar en sí mismos y hablar de sus experiencias, lo hacen sin pensarlo dos veces, con disposición. Sobre todo los y las adultas mayores expresan que este es un espacio de compartir con sus compañeros y de atacar la soledad que en sus casas está presente.

Alguna de las frases que la mediadora cita textualmente de las usuarias son la siguientes: «Ahora me siento menos sola, ya tengo con quien hablar y quien me escuche»; «mi vida ahora es más divertida, he aprendido que primero debo pensar en mí, mi bienestar, en el amor propio...»; «aquí me siento contenta porque tengo con quien hablar y estudiar y tengo mi mente relajada...». Para muchas mujeres es la primera vez que logran formarse en bachillerato y primaria; para muchas mujeres es la primera vez que se sienten acompañadas en un proceso de enseñanza; para muchas mujeres es la primera vez que ven posible un diploma o un certificado que valide su experiencia. En este punto, me parecen evidentes los impactos positivos que tienen los distintos procesos que se desarrollan en las Manzanas del Cuidado. Como he venido argumentando a lo largo del documento, las Salas de Lectura y los servicios de extensión son la ejemplificación más clara de esta transformación.

CUIDADO SE ER
OMO UN PUENTE
PERSONAS, UN EN

El cuidado se erige como un puente entre personas, un entramado de relaciones que construyen bienestar. En este contexto, la lectura adopta un papel esencial. Es un acto de cuidado hacia uno mismo...

ONSTRUYEN BIE
ESTE CONTEXT
CTURA ADOPTA
N PAPEL ESENCIA
TO DE CUIDADO

LA LECTURA Y LA ESCRITURA COMO FAROS DE EMPATÍA

El ejercicio interrogativo es esencial para el desarrollo de una investigación. Es, de hecho, el corazón de la producción de conocimiento. En este caso, la pregunta que me convocó tuvo relación con dos prácticas: la lectura y el cuidado. Para muchas personas relacionadas con el mundo de las bibliotecas y los espacios de lectura, quizás esta asociación es sencilla de hacer. Sin embargo, desde el primer momento me posicioné desde una actitud de indagación antes que de confirmación. Esto quiere decir que investigué desde un lugar en donde no era del todo evidente cómo podían relacionarse las dos categorías. Uno de los intereses principales de esta investigación fue incorporar las voces de las mediadoras y los mediadores territoriales, teniendo en cuenta que son quienes están al frente de gran parte de los servicios que presta la Red en promoción y mediación de lectura en la ciudad. Por esa razón, quisiera empezar el cierre de este documento con el escrito de Michael Nieto sobre la relación entre lectura y cuidado:

La lectura no se limita a ser un mero ejercicio intelectual. Sus páginas tienen el poder de afectar nuestro estado emocional y mental. Sumergirse en un buen

libro puede ser un refugio, un descanso del ajetreo de la vida cotidiana. Nos da la oportunidad de explorar sentimientos y experiencias ajenas, fomentando la empatía y el respeto hacia los demás. Además, entre sus líneas yacen tesoros de conocimiento sobre temas que afectan las decisiones que tomamos día a día.

Desde el Sidicu se despliega un enfoque revelador. El cuidado se erige como un puente entre personas, un entramado de relaciones que construyen bienestar. En este contexto, la lectura adopta un papel esencial. Es un acto de cuidado hacia uno mismo, un medio para la búsqueda personal y el entendimiento del propio ser. A través de sus páginas, podemos encontrar respuestas a nuestras preguntas más íntimas y descubrir nuevas perspectivas que enriquecen nuestra experiencia.

La lectura también se erige como un faro de empatía. Las historias que habitamos a través de las letras nos permiten habitar las vidas de otros, sentir sus alegrías y desafíos. Esto crea una sensibilidad hacia los demás, nutriendo las bases del respeto y la consideración. Y mientras las páginas se vuelven aliadas en la construcción de relaciones humanas más sólidas, también se convierten en catalizadoras de nuestro compromiso con el entorno.

Así, en este relato, la lectura no es solo una actividad solitaria, sino un nexo que conecta con el mundo y las personas que lo habitan. Un acto de cuidado que

comienza con nosotros y nosotras mismas y se extiende a nuestras comunidades. Un hilo conductor que nos une en comprensión, empatía y responsabilidad, en el cual cada palabra leída nos lleva un paso más cerca de la construcción colectiva.

Frente a la reflexión de Michael, destaco sobre todo el uso de las palabras «puente» y «nexo». Como mostré en el desarrollo de este documento, las actividades relacionadas con la lectura y la escritura en las Manzanas del Cuidado son, fundamentalmente, un vehículo para la construcción de tejido social y comunidad, es decir, el uso de formatos de lectura no es, en sí mismo, un ejercicio necesariamente cuidador; lo que sí es cuidador es la palabra que se construye *a través* de lo que esas historias narran y significan. Como lo indica Michael, las historias nos permiten habitar la vida de otros y otras y, en ese sentido, podemos acercarnos a sus dolores y experiencias desde un lugar de comprensión.

Una ciudad que brinda las condiciones necesarias para que las personas se reúnan y construyan tejido social, ya sea a través de la lectura o las diferentes expresiones artísticas, sí es una ciudad que cuida. Cuida porque procura espacios de bienestar para quienes no tienen suficientes oportunidades de acceso al ocio y al disfrute de actividades culturales y educativas. Cuida porque entiende que los trabajos domésticos y de cuidado no remunerado no deben recaer exclusivamente en los hogares ni en las familias. Cuida porque privilegia la participación social de las mujeres. Cuida porque destina presupuestos y equipamientos

para la formación de una ciudadanía más activa y crítica. A veces es difícil creer en los cambios, pero las actividades, grandes y pequeñas, que se llevan a cabo en las Salas de Lectura y, en general, en la articulación que tiene BibloRed con el Sidicu, logran abrir un panorama en el que la posibilidad de transformación se ve y se siente.

...el uso de formatos de lectura
no es, en sí mismo, un ejercicio
necesariamente cuidador;
lo que sí es cuidador es la
palabra que se construye a
través de lo que esas historias
narran y significan.

REFERENCIAS

Concejo de Bogotá. (2020). *Acuerdo 761 de 2020*. <https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=93649>

Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (2022a). *Boletín Técnico Cuenta Satélite Economía del Cuidado (CSEC) 2021*.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (2022b). *Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2020-2021*. <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/pobreza-y-condiciones-de-vida/encuesta-nacional-del-uso-del-tiempo-enut>

Departamento Administrativo Nacional de Estadística y Organización de las Naciones Unidas Mujeres. (2020). *Tiempo de cuidados: Las cifras de la desigualdad*.

Departamento Nacional de Planeación. (s.f.). *Economía del cuidado: Revisión de literatura, hechos estilizados y políticas de cuidado*. Dirección de Desarrollo Social.

Guzmán, D. (2021). Presentación. *El ideal de una comunidad de lectores*. Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte.

Guzmán, D. (2023). *Cómo hacer una biografía lectora: Formas de caracterización*. Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte.

Hanlon, N. (2012). *Masculinities, care and equality. Identity and nurture in Men's live*. Palgrave MacMillan.

hooks, b. (2021). *Todo sobre el amor*. Editorial Planeta.

Isha, J. (2009). *¿Por qué caminar si puedes volar?* Aguilar y Fontanar.

Kalman, J. (2002). *Saber lo que es la letra: una experiencia de lectoescritura con mujeres de Mixquic*. Instituto de la Educación de la Unesco. Siglo XXI.

Ley 1413 de 2010. Por medio de la cual se regula la inclusión de la economía del cuidado en el sistema de cuentas nacionales. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=40764>

Manzanas del Cuidado. *El cuidado en América Latina*. (2022). <http://www.manzanasdelcuidado.gov.co/>

Moreno-Salamanca, N. (2018). La Economía del Cuidado: División social y sexual de trabajo no remunerado en Bogotá. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 10(1), 27, 51-77.

Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. (M. V. Rodil, Trad.). Katz editores. (Obra original publicada en 2010).

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura – Unesco. (2016). *Dos tercios de los analfabetos del mundo son mujeres, revela la Unesco*. <https://news.un.org/es/story/2016/03/1352051>

Puente, A. M. y Ruiz Gómez, J. (2022). *El empoderamiento de las mujeres a través de la lectura*. 8, 23.

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte. (2022). *Documento de orientaciones y recomendaciones para la operación de las Manzanas del Cuidado en BiblioRed*. Línea de Comunidad y Territorio.

Secretaría Distrital de la Mujer. (2020). *Estrategia pedagógica y de cambio cultural*.

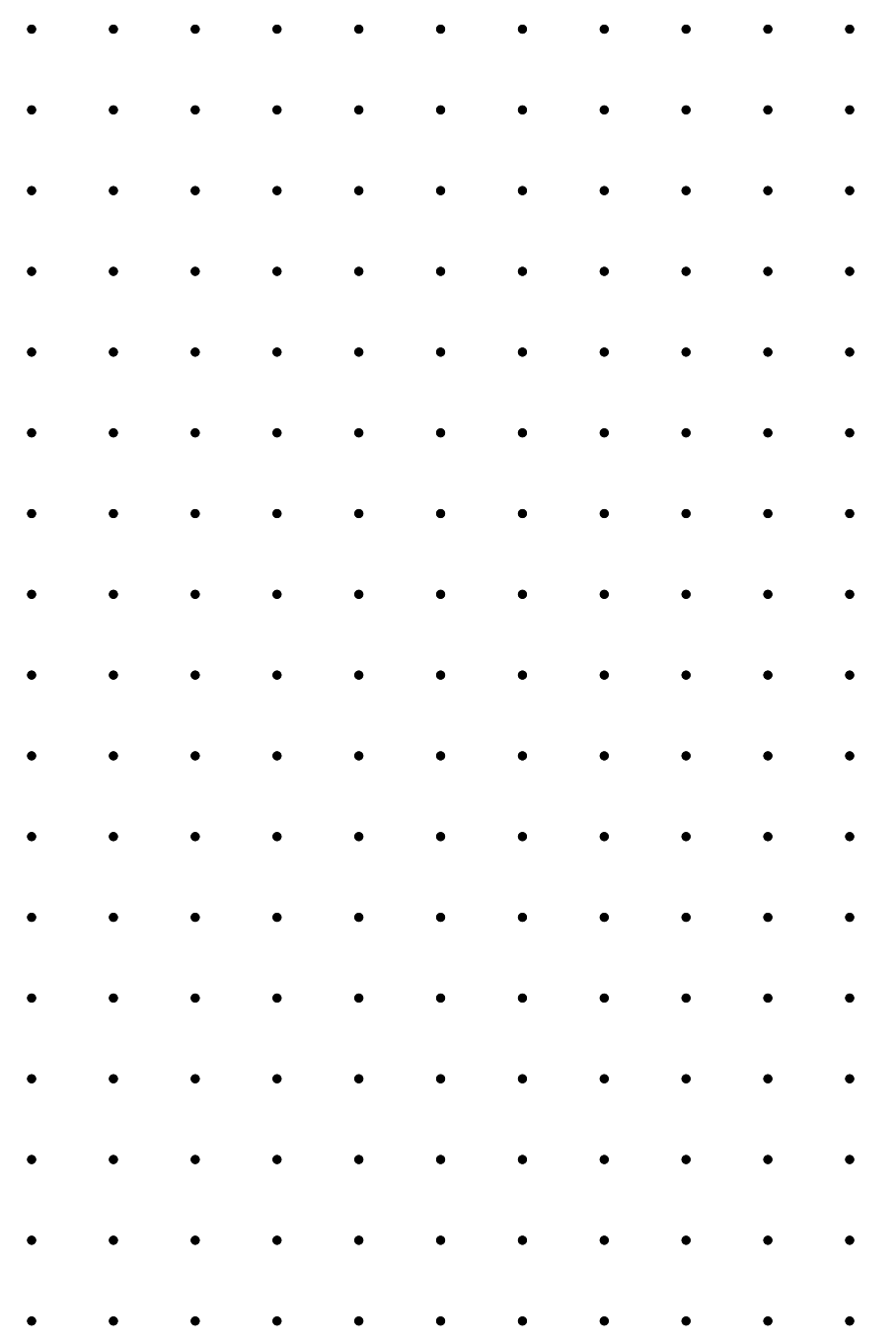
Secretaría Distrital de la Mujer. (2021). *Oferta de Cuidado a Cuidadoras*.

Woolf, V. (2013). *Un cuarto propio*. Penguin Random House. (Obra original publicada en 1929).

LAURA ANDREA CASTRO LÓPEZ

Antropóloga, investigadora, feminista y lectora. Maestranda en Estudios y Políticas de Género con especial interés en la construcción de procesos de investigación y de escritura participativos y afectivos. Desde 2021, trabaja en la línea de Política Pública de la Dirección de Lectura y Bibliotecas, investigando y sistematizando sobre diferentes entornos y prácticas relacionadas con la lectura, la escritura y la oralidad. Para el 2024, se encuentra liderando la investigación sobre oralidades y oralituras con el Cabildo Muisca de Suba que se centrará en la identificación y comprensión del componente oral de esta comunidad alrededor de su memoria y revitalización cultural.

NOTAS





Este libro se terminó de editar 81 años después de la aparición del emblemático cartel *We can do it!* símbolo de la fortaleza de las mujeres que han sostenido el mundo con las labores de cuidado de la salud, el hogar y la economía en tiempos de guerra y paz.

Para la cubierta y los títulos se utilizó la tipografía Salsa de Bastarda Type. Para el cuerpo de texto, Paperback de House Industries y Tablet Gothic de TypeTogether.



En *Lectura y cuidado* Laura Castro se pregunta si en una ciudad que lee es una ciudad que cuida, a partir de la observación consciente de los talleres de mediación de lectura, escritura y oralidad que impartimos en las Manzanas del Cuidado del Centro y Mochuelos.

Laura hace hincapié en el impacto que tiene en la vida de las mujeres acceder a la cultura escrita de forma colectiva, pues leer en comunidad resignifica este acto que ha sido enmarcado en la erudición y la academia.

La lectura colectiva acuerpa las ideas, crea tejidos sociales y rompe burbujas de realidad al contener diferentes experiencias vitales.